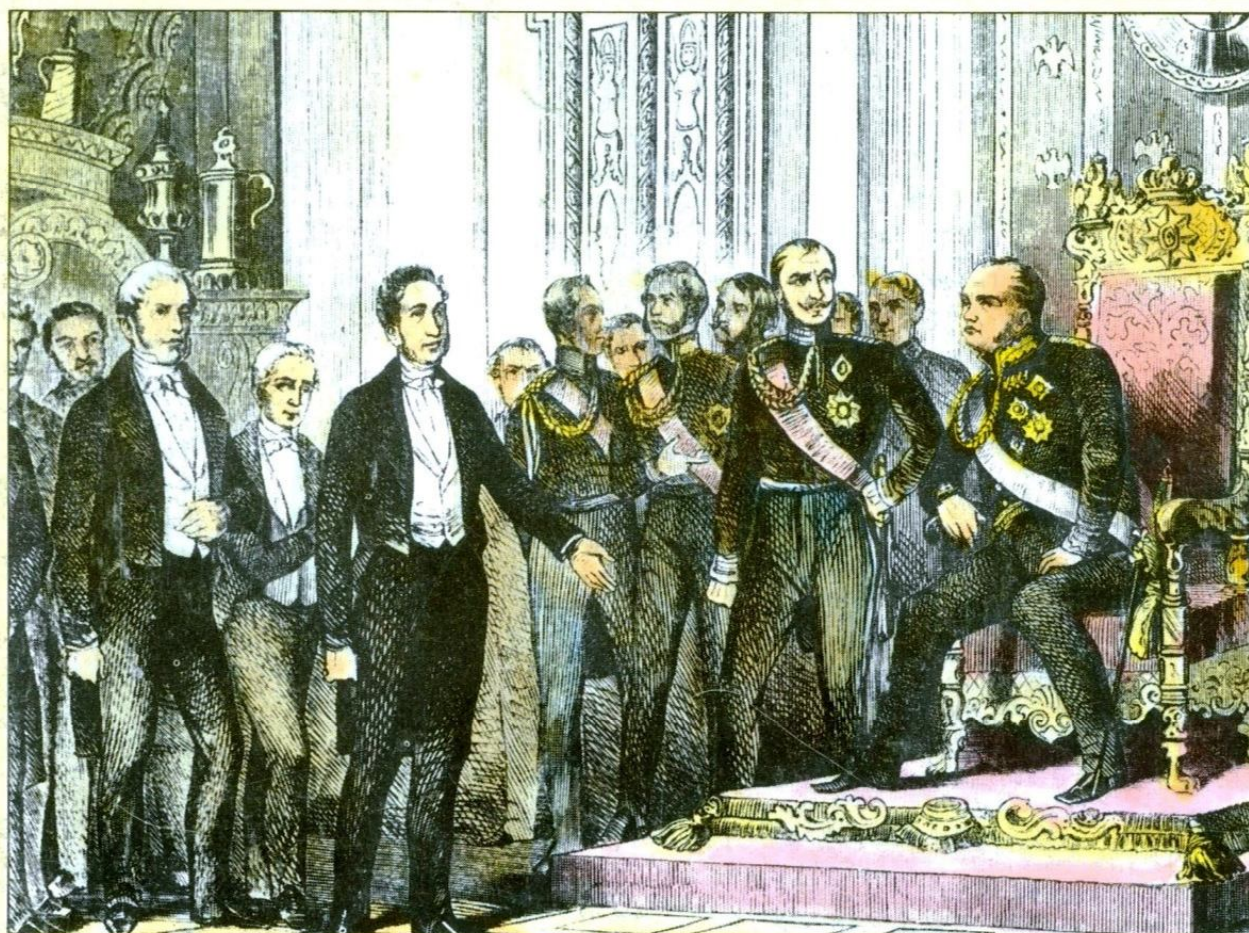


CUADERNOS

historia 16

Así nació Alemania

Germa Zorn, R. de la Torre y J. Gil Pecharromán



19

125 ptas

CUADERNOS

historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de África • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de África • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia¹⁶

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

REDACTOR JEFE: Javier Villalba.

REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.

COLABORACION ESPECIAL: José M.^a Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.

IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.

ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.

ISBN 84-85229-80-0, tomo II.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Federico Guillermo IV de Prusia proclama la unidad alemana, Berlín, marzo de 1848

Indice

ASI NACIO ALEMANIA

Alemania en su historia 4

La Prusia de Federico el Grande

Por Germa Zorn Krause 6

Fundación Goerres. Madrid

De la guerra de liberación al II Reich

Por Rosario de la Torre del Río 14

Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

El imperio de los dos Guillemos El II Reich, 1871-1914

Por Julio Gil Pecharromán 24

Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

Bibliografía 31

Alemania en su historia

UNA consideración del pasado de Alemania y de los elementos integrantes que hicieron posible su fugaz unificación como Estado unitario, debe tener presente en todo momento la naturaleza de un conjunto de poblaciones que a lo largo de los siglos han demostrado asimilar de forma perfecta el hecho del fraccionamiento.

Afirma el historiador alemán Erich Kahler, en su estudio sobre los elementos humanos que integran el conjunto denominado alemán unos postulados que en este sentido son de especial consideración. Dice el tratadista: *En contraste con la historia de Francia, de Inglaterra o de España, el registro de lo que ha ocurrido en Alemania no puede llamarse inequívocamente historia alemana... No es exactamente alemana porque carece de un sustrato consistente. Abarca historias muy variadas: la historia de las tribus germánicas, la historia del Sacro Imperio Romano, las historias de Austria, Prusia, Baviera y muchos otros territorios y dinastías regionales; la historia de un Kaiserreich alemán que duró cuarenta años y de un malhadado y tristemente célebre Tercer Reich, así como las historias de varios estados, clases y movimientos.*

En efecto, resulta imposible entrar a considerar de forma válida todo el proceso que llevaría a Alemania a una unificación política alrededor del elemento aglutinador prusiano, sin tener en cuenta las carencias que este mismo hecho suponía por sí mismo. El pueblo alemán no se encontraría concentrado dentro de las fronteras del nuevo Estado imperial creado en Versalles. Por el contrario, éste habría de servir como centro de inducción a un unionismo que únicamente actuaba en perjuicio de las poblaciones germánicas localizadas desde hacía generaciones sobre territorio de otros países soberanos.

Una Alemania unificada actuaría como centro polarizador de tendencias disgregadoras de otras comunidades vecinas. A pesar de la imagen tradicionalmente presentada por una Alemania fuerte, unida —y sobre todo fortalecida económica y militarmente—, la realidad ha sido muy diferente. La anarquía organizada, la acumulación de entidades de diferente rango pero todas poseedoras de pretensiones soberanas, la presencia en momentos determinados de elementos personales

que se presentan como redentores ante la situación impuesta, todo ello configura los rasgos determinantes de la evolución histórica alemana.

La permanente obsesión por el autofortalecimiento material, la elevación hasta niveles míticos de valores culturales propios, que en otros países no superarían grados de normalidad aceptables como propios, entre los alemanes se verían convertidos en símbolos incuestionables de una nacionalidad situada en permanente estado de división. Para llegar a comprender, de forma siquiera simplificada, la verdadera naturaleza del pueblo alemán, es preciso tener en cuenta que, a lo largo de toda su historia, solamente ha conocido una teórica unificación durante los años que median entre 1871 y 1945.

La proclamada Alemania unificada bajo la hégira de Prusia, que será capaz de imponer su hegemonía sobre Europa en el período definido por la figura del canciller Bismarck, no reunía tampoco a la totalidad de las agrupaciones de índole germana existentes en el continente. A su lado, y subordinada de hecho a ella, se situaba el decadente imperio austrohúngaro; además, las extensas minorías presentes en los Estados limítrofes. Todo ello contribuía de hecho a anular de forma efectiva la pretensión de unidad que el imperio guillermino afirmaba poseer.

La historia alemana —no de Alemania— es una historia de permanente disgregación, jalonada por fallidos intentos parcialmente unificadores que en ningún momento han demostrado capacidad de supervivencia. Esta existencia separada, ordenada en función de diferentes organizaciones estatales, haría posible para muchos autores la aglutinación temporal, y en alto grado, pasional, de las poblaciones alemanas alrededor de personajes o tendencias que en un momento dado parecían propiciar una unidad siempre buscada y en ningún momento obtenida de forma plena. Es esta circunstancia específica la que presta a la evolución del pueblo alemán sus rasgos diferenciales, y la que produce sobre la misma un alto grado de ambigüedad y carencia de definición que hasta hoy mismo se mantienen a pesar de las formas aparentes por medio de las que son expresadas.



*Cartel de reclutamiento
de la caballería prusiana, 1806*



*Retrato de Otto von Bismarck
(Museo de Berlín)*

*Desarme de la milicia burguesa,
Berlín, 11 de noviembre de 1848*



EN la conciencia histórica general de hoy el término de Prusia evoca, más que la configuración de un perfil geográfico, la imagen de un modo de ser, de una mentalidad que identifica Prusia con disciplina, rigor, inflexibilidad, orden, militarismo, cumplimiento del deber, etcétera.

Si bien esta concepción simplista responde sólo en parte a la realidad, en cambio, la falta de una territorialidad concreta encierra la clave de un hecho cierto: en la geografía basculante y desgarrada de Prusia está tanto el germen de su dinámica, puesta de manifiesto en los siglos XVII y XVIII, como el de su declive y posterior integración en una Alemania unida.

Prusia cumplió una función renovadora en la Europa central desde la Paz de Westfalia, cuando un conglomerado de unos trescientos estados autónomos, sólo en parte adictos al emperador, se encontraban expuestos a los intereses políticos de los grandes estados nacionales, Francia y Suecia; y cumplió una segunda función, inesperada e imprevisible, después del Congreso de Viena, dotando a la nación alemana de una forma política moderna.

Cumplidas estas funciones, desapareció del mapa. Lo que permanece es su propia historia y la de su creación, Alemania.

La Prusia de Federico el Grande

Por Germa Zorn Krause

Fundación Goerres. Madrid

El territorio llamado Condado de Prusia desde 1525, entonces bajo soberanía polaca, había sido anteriormente el Estado de la Orden Teutónica, cuyo gran maestro era un Hohenzollern.

Al extinguirse su linaje en 1618, el elector de Brandeburgo heredó aquel estado; también por herencia habían recaído en él, en 1614, los ducados de Mark y Ravensberg y el condado de Cleve, a lo que se añadió, en 1637, la Pomerania Ulterior.

Federico Guillermo, el gran elector (1640-1688), supo comprender que, para tomar parte activa en la política europea de equilibrio posterior a la Paz de Westfalia era necesario unir aquellos territorios dispersos.

El condado de Prusia, independiente desde 1657, dio, pues, su nombre a una creación artificial, producto de la voluntad de un príncipe con ambición de poner en práctica la *raison d'Etat*.

Trabajando hasta el agotamiento físico, el gran elector consiguió dotar a sus estados de una organización administrativa centralizada y de un aparato militar disciplinado y eficaz, y empezó a destacar sobre los demás estados, cuyos regentes, por regla general, se conformaban con ser el *Landesvater* (el padre de todos) de sus súbditos y reconstruir la agricultura y el comercio dentro de los estrechos límites de sus territorios después de los horrores y devastaciones de la guerra de los Treinta Años.

Sus métodos de política exterior eran, en un principio, los únicos al alcance de cualquier estado en las condiciones a las que había quedado reducido el imperio y sus estados por la Paz de Westfalia: prestaciones al servicio de poten-

cias extranjeras, incluso del emperador, para luego aprovecharse de su ayuda.

La situación geográfica de sus territorios brindó a Federico Guillermo la oportunidad de cambiar rápidamente de alianza y llegar, de este modo, si no a una independencia política, al menos a una gran flexibilidad de actuación.

El punto de partida para el desarrollo del estado absolutista-mercantilista fue la formación de un ejército permanente. Para su creación y mantenimiento debía disponer libremente de los impuestos recaudados en los diferentes estados.

Era, pues, imprescindible una administración financiera basada en principios modernos, además de una política uniforme de población, economía y comercio.

Economía y comercio

Se instauró una contribución fija sobre la propiedad rural, que no afectó a la aristocracia y que llevó, por consiguiente, a reafirmar la dependencia del campesino con respecto al terrateniente. En las ciudades se introdujo, a ejemplo holandés, la *Akzise*, un impuesto indirecto y uniforme sobre el consumo.

Estos métodos iban en contra de los intereses particulares de los estamentos que, hasta entonces, habían sido los responsables de la administración dentro del Estado autónomo. Su oposición a una política de poder centralizado fue combatida sin contemplaciones y, en alguna región, hasta por la fuerza.

Se puede decir que la preocupación por el

mantenimiento del ejército dio lugar al desarrollo y rígida organización del aparato administrativo interno. En 1688, el ejército permanente de Federico Guillermo había alcanzado los 28.000 hombres sobre una población de millón y medio de personas, aproximadamente.

El mercantilismo del gran elector se orientó hacia una participación en el comercio mundial, siguiendo el modelo observado durante su juventud en su casa familiar, en Holanda. La formación de una marina a cargo del holandés Raule, el asesinato de una colonia en las costas de Guinea y la fundación de una compañía comercial africana lo atestiguan.

Por otra parte, la inmigración de unos 20.000 hugonotes franceses después de la abolición del Edicto de Nantes sirvió de estímulo importante a la actividad económica del estado brandenburgo-prusiano. Ellos aportaron valiosos conocimientos económicos e industriales en el sector textil y otros, además de su capital en efectivo.

Federico Guillermo aún se movía dentro de la concepción protestante del ejercicio del poder o, más concretamente, de la calvinista: el Gobierno es un cargo confiado por Dios al soberano, que debe rendir cuentas del uso que hizo de ese poder en vida.

En ejercicio creciente de un absolutismo de estilo francés, su actitud austera no le permitió, sin embargo, imitar la ostentación cortesana del gran vecino, como lo intentaron tantos estados alemanes en el siglo XVII.

Tampoco tenía todavía un concepto racional y ponderado de un estado centralista unitario, ya que en su testamento proyectó una división terri-

torial de tipo medieval, que no llegó a realizarse.

El elector Federico III (1688-1713) fue de naturaleza muy distinta a su padre; fascinado por la brillantez de la Corte de Versalles, su imitación de lo francés contribuyó al fomento de las artes y las letras en sus estados, aunque él mismo no consiguiese asimilar el contenido espiritual y moral de la Ilustración.

Desaprovechó diversas ocasiones de intervenir en asuntos de política exterior que pudieron haber beneficiado la evolución de sus estados, sobre todo en la cuestión de la salida al mar Báltico, una de las metas anheladas y no alcanzadas por su padre.

Su imagen en la historia es la de un monarca políticamente débil, pero ambicioso en lo personal, ambición que fue satisfecha en 1701 al obtener del emperador la concesión del título de rey de Prusia como *Federico I*.

Este nombramiento oficial fue posible porque el territorio de Prusia no había pertenecido al imperio. El título tuvo un precio: el nuevo rey se vio obligado a enviar una división de su ejército al servicio del emperador en la guerra de Sucesión española.

El rey soldado

Apenas llega al poder Federico Guillermo I (1713-1740), suprimió la lujosa vida palaciega y redujo drásticamente su Corte buscando una austeridad que sería la nota dominante de su política.

Reanudó y perfeccionó la organización admi-

Festejo popular con motivo de la proclamación de Prusia como reino, Berlín, 1701





Granadero prusiano, 1738

nistrativa y militar a partir del punto en que la había dejado su abuelo. El llamado *Rey soldado* logró poner en pie, de manera gradual, un ejército independiente de cualquier subsidio extranjero; con un contingente de 80.000 hombres sobre una población de 2.500.000 habitantes, este ejército era el cuarto de Europa, mientras que por su población Prusia ocupaba sólo el duodécimo lugar.

Los oficiales procedían de la nobleza; los hijos menores de cada familia aristocrática tenían que asistir obligatoriamente a la Academia Militar. El primer oficial era el mismo rey, que siempre llevaba uniforme.

La disciplina militar era férrea hasta la crueldad, de manera que era frecuente la desertión entre los soldados que, a su vez, procedían de estratos sociales inferiores. Solían ser hijos de artesanos o campesinos, ya que los estudiantes, comerciantes e industriales estaban exentos del servicio militar.

De una recaudación de impuestos de siete millones de táleros en 1740, cinco millones se destinaban al mantenimiento del ejército. Esta circunstancia llevó a Mirabeau a decir: *Prusia no es un Estado con un ejército, sino un ejército con un Estado.*

Todos los hilos de la administración, finanzas y organización militar confluían, desde 1723, en el Directorio General de Berlín, del que era presidente el propio rey. Cada funcionario de la administración, en cualquier lugar de la nación,

estaba mentalizado para servir al Estado con *cuerpo y vida, con todos sus bienes, con honor y conciencia.*

En el ámbito de la política exterior, la actuación de este monarca prusiano fue menos decidida y menos brillante, motivado, en gran parte por su sentimiento de devoción y dependencia hacia el emperador. En 1726 reconoció la Pragmática Sanción y se comprometió a dar su voto al esposo de María Teresa en la futura elección imperial.

La personalidad de Federico Guillermo I refleja un carácter que oscila del sentimentalismo a la brutalidad, donde no cabe la cultura. Siempre mostró gran escepticismo hacia los intelectuales.

No se rige por la teoría moderna del arte de gobernar: lo que le mueve es una voluntad ilimitada de trabajar y de construir un estado fuerte, *para que Brandemburgo-Prusia aparezca como una potencia formidable entre las grandes potencias.*

Balanza de poder

La fuerte personalidad de dos Hohenzollern, el azar y los intereses de otros países habían hecho de Prusia una potencia europea con la que debería contarse en la balanza de poder concertada en Utrecht.

La Inglaterra de Jorge II se sitúa en el fiel de la balanza que ha de mantener el equilibrio entre los estados europeos más importantes. Sus intereses centro-europeos son amplios por la relación familiar con la Casa de Hannover.

Durante la primera mitad del siglo predomina un sistema de alianzas que forma un aspa sobre el mapa europeo, es decir: Inglaterra y Austria frente a Francia y Prusia.

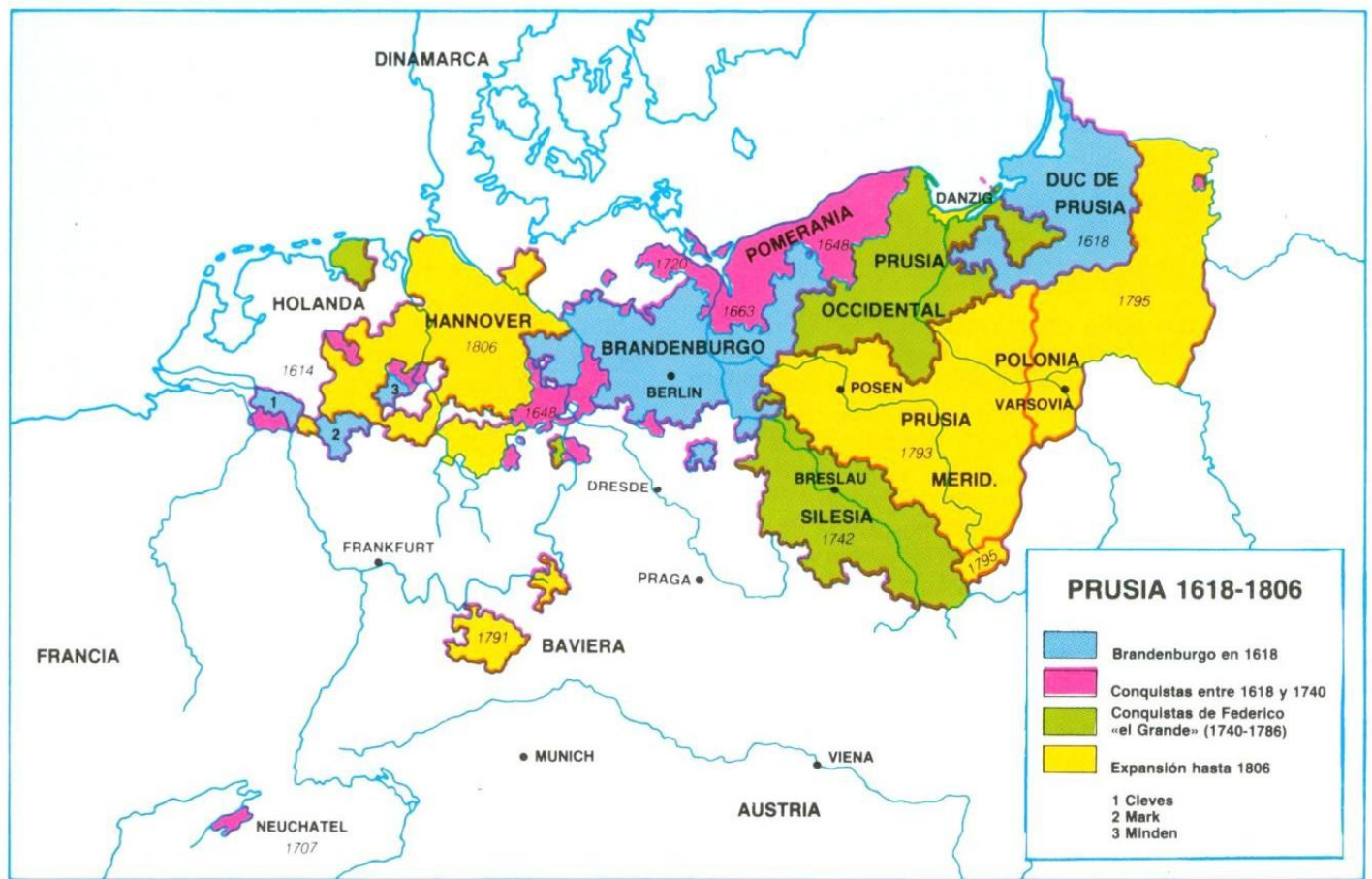
Pero a partir de 1758 aproximadamente, Inglaterra se da cuenta de que Austria será la perdedora en la lucha por la hegemonía alemana y se une a Prusia, mientras que Francia, alertada por el continuo auge de Prusia, pacta con Austria y España.

Inglaterra y Francia se ven impulsadas en esta elección por intereses territoriales, económicos, políticos. Se produce, pues, un cambio en las alianzas y es Federico II, con su inquietante afán expansionista, quien lo provoca.

Federico el Grande (1740-1786)

Desde un principio, este monarca dispone de una teoría política clara y de una voluntad de ponerla en práctica cuando le llega el turno de gobernar.

Tiene veintiocho años, y está enamorado de las ideas francesas sobre la monarquía absoluta y la Ilustración, que llevará a sus últimas consecuencias. Esto sólo será posible a través de una planificación teórica, más allá del deseo primitivo de poder. Sus decisiones estarán siempre



Federico I de Prusia en 1701 (por S. T. Gericke)



Oficial del ejército del Elector de Brandemburgo, 1700



determinadas por una bipolaridad entre la acción política y la reflexión teórica.

Federico, amigo personal de Voltaire, se había identificado hasta tal punto con el mundo espiritual francés que se expresaba mucho mejor en esta lengua que en alemán, idioma que consideraba torpe e inculto —en la Academia de Ciencias de Berlín sólo se permitía hablar en latín o francés.

No cabe duda de que tal situación debe producir un distanciamiento considerable entre el monarca y su propio pueblo, pero el estado de Federico no es aún portador de una idea nacional, sino una configuración abstracta. La masa de la población es el objeto pasivo del poder absoluto y no tiene una función propia.

Aunque parezcan factores negativos desde un punto de vista actual, tanto el afrancesamiento como la ausencia de un espíritu nacional tuvieron un valor constructivo en una visión amplia de aquella época: por un lado, la devoción de Federico al ideario francés contribuyó a sacar a Prusia de la estrechez de pensamiento en la que su padre había estado sumergido y, por otro, una población heterogénea, todavía libre de pasiones nacionales, ofrecía más posibilidades para la configuración de un nuevo orden de vida.

El ambiente era, pues, propicio para que Federico realizara las teorías filosóficas europeas sobre despotismo ilustrado. Sus cualidades intelectuales y prácticas eran óptimas para ello.

Su proceder es siempre sistemático y en todo momento obra según un plan preconcebido, con absoluta frialdad. Es de suponer que la incompreensión sufrida bajo su padre forjase en el joven y sensible Federico un mecanismo de defensa contra el dolor y el sufrimiento.

No inspira afecto, sino miedo y odio en su entorno; no tiene amigos íntimos, está solo. Federico es consciente de la bipolaridad en la que se mueve su vida y su gobierno, de la discrepancia entre su acción política absolutista al servicio del Estado y el humanismo que le dicta la filosofía de la Ilustración.

En sus *Denkwürdigkeiten* (Memorias) de 1742 escribe: *Espero que la posteridad para la cual escribo sabrá separar en mí al filósofo del príncipe y al hombre de honor del político. Tengo que confesar: el que es arrastrado por la maquinaria de la gran política europea, tiene gran dificultad en conservar su carácter puro y honrado.*

Su contradicción entre la utopía humanista y la razón de estado absolutista —contradicción por otra parte característica de la Ilustración— llevará a Prusia a una situación crítica. Pero Prusia no hubiera salido de su mediocridad sin la personalidad fuerte y compleja de este monarca.

Si Federico quería transformar sus estados en una potencia europea, en un estado moderno, tenía que ampliar su extensión y conseguir un territorio continuo, al menos al este del Elba.

Libre de las trabas religiosas que todavía ligaron a su padre al *Gottesgnadentum* (rey

por la gracia de Dios) y al respeto al Imperio, el monarca ilustrado actuó de manera puramente fría y cerebral arrebatando Silesia a la joven emperatriz María Teresa, sin negociaciones ni declaración de guerra, poco después de llegar al poder.

La anexión de este estado, en 1742, consolidó definitivamente a Prusia como potencia y puso en entredicho la primacía austriaca en Europa central. En 1745 el condado de Frisia Oriental fue también incorporado a Prusia, esta vez de manera pacífica, al extinguirse en 1744 la dinastía local. Prusia se independizó, de hecho, del Imperio, quedando establecido el dualismo prusiano-austriaco en el ámbito alemán.

En los años siguientes, y hasta que la posesión de Silesia diera lugar a una nueva confrontación bélica que duraría siete años, el monarca se ocupó de la consolidación y reorganización interna de sus estados. Veamos brevemente cómo fue por dentro este estado y cómo se ordenaron los distintos sectores formando una unidad homogénea.

Régimen feudal

La organización se basó en la existencia de tres estamentos: aristocracia, burguesía, campesinado. La aristocracia terrateniente, privada de funciones políticas, siguió siendo fuertemente privilegiada. Encargada de funciones especiales, como las de oficiales del ejército, diplomáticos y altos funcionarios, también actuó como poder policial y judicial local, por encargo del estado.

Predominó la *Gutswirtschaft* (sistema de explotación agrícola en grandes propiedades rurales), basada en el trabajo de siervos adscritos, que podían ser propietarios de su pequeña parcela. La adquisición de latifundios por burgueses estaba prohibida y sólo se autorizaba en casos aislados.

La monarquía pactó, pues, con la aristocracia y mantuvo un régimen de tipo feudal, sistema facilitado, además, por la ausencia de una burguesía que pudiera ofrecer al monarca una alternativa válida para él.

La burguesía debía servir al estado a través del aumento de los ingresos estatales. Comerciantes, industriales y profesionales no prestaban servicio de armas, pero, en cambio, debían hacer frente a una creciente obligación tributaria.

El gobierno de Federico II estimuló el desarrollo de la industria y del comercio en gran medida con la finalidad de llenar sus propias arcas, siempre necesitadas de fondos para múltiples y grandes proyectos estatales.

También el estamento burgués estaba protegido: el aristócrata terrateniente no podía tomar parte en el comercio, y la artesanía en zonas rurales quedaba restringida a lo más elemental, concentrándose comercio e industria obligatoriamente dentro de las ciudades, ya que sólo así

se controlaba la entrada y salida de productos y su fiscalización.

El campesinado soportaba el mayor peso del orden social; el ejército se nutría de ellos, su pequeña propiedad estaba cargada de impuestos. Por término medio, el campesino entregaba al Estado un 40 por 100 de sus ganancias. Además, sufría a diario en su propia carne la arbitrariedad y posible violencia de su señor.

En general, Federico II no modernizó la organización administrativa heredada de su padre, sólo la amplió por medio de nuevos departamentos de comercio, industria, minas, etcétera.

Lo que verdaderamente llama la atención es que Federico procedió a una paulatina desautorización del Directorio General, máximo órgano de centralización creado por su padre, sustrayéndole el control de determinados ingresos y pasándolos a un *Fondo de disposición* que el monarca manejaba en exclusiva.

Se convirtió así en su propio ministro de Finanzas, sin tener que rendir cuentas a nadie. Sin embargo, hay que hacer notar que el rey utilizó estas enormes sumas para el bien de su pueblo, a cuyo servicio se había entregado.

La centralización seguía en vigor, pero repartida entre una institución y la persona del soberano. El poder absoluto absorbió todas las funciones que pudieran mediatizar de alguna forma su voluntad; ministros y funcionarios pasaron de ser colaboradores a simples instrumentos utilizados por el monarca.

Hay que atribuir a la personalidad de Federico II la iniciativa de la reforma jurídica. En este

terreno sí supo rodearse y se dejó aconsejar por hombres brillantes, como Samuel Cocceji, J. H. Carmer y K. G. Svarez.

Fue mérito de Cocceji la transformación del derecho civil a través de una simplificación y aceleración del procedimiento judicial y la creación de un régimen jurídico unitario y centralizado para toda la monarquía, plasmado en el *Codex Fridericianus*.

Los aspirantes a juez eran sometidos a exámenes estatales de aptitud y remunerados como funcionarios. En los últimos años de este monarca, Carmer y Svarez crearon el *Allgemeines Landrecht für die preussische Staaten* (derecho civil público para los estados prusianos), codificación que fue sustituyendo la mezcolanza difusa entre derecho común y derecho consuetudinario particular, este nuevo código se basaba en los derechos correspondientes a cada estamento.

El puesto que Federico II concede al derecho y a la justicia queda de manifiesto en otro lugar de su *Testamento político* de 1752: *Me he propuesto no intervenir nunca en el procedimiento judicial, ya que en los tribunales deben hablar las leyes y el soberano debe callar.*

La separación entre justicia y administración, derecho y política es un rasgo esencial de este gobierno, creando el precedente de un moderno estado de derecho.

No hay que omitir el esfuerzo invertido por el rey de Prusia en la política colonizadora. Amplios territorios empantanados del Oder, del Warthe y

Campamento militar prusiano en la llanura de Löwenburg (Pomerania), siglo XVIII



del Netze fueron disecados para ser cultivados por colonos traídos de todas partes.

En total inmigraron unas 300.000 personas hacia tierras prusianas, que desarrollaron en las parcelas adjudicadas una agricultura dirigida.

El reparto de Polonia

La guerra de los Siete Años, antes aludida, no aportó a Federico más que la reafirmación de Prusia en el concierto europeo al retener definitivamente Silesia. Por lo demás, sólo causó devastación y agotamiento.

Sin embargo, la actuación férrea, a veces desesperada, del monarca en esta guerra despertó un nuevo sentimiento nacional prusiano, antes ausente, una exaltación del héroe que había envejecido durante estos años al frente de sus tropas.

La deseada ampliación del territorio le llegó a Prusia con el primer reparto de Polonia en 1772; Prusia, Rusia y Austria se pusieron de acuerdo para privar a esta nación de la cuarta parte de su territorio.

Prusia Occidental, a excepción de Danzig y Thorn, fue adjudicada a Federico II, estableciéndose así, finalmente, el puente entre Pomerania Ulterior y Prusia Oriental; también consiguió Ermlan un enclave dentro de Prusia Oriental. En total, Prusia recibió en este reparto 34.900 kilómetros cuadrados, con 356.000 habitantes.

Aparte de las posibilidades de cultivo que ofrecían estos territorios, Prusia obtuvo importantes ingresos en metálico a través de la imposición de aduanas al comercio exterior que Polonia efectuaba por el río Weichsel hacia el mar Báltico.

El segundo reparto que en 1793 se concertó entre Rusia y Prusia (Federico Guillermo II), aportó al rey de Prusia las ciudades de Danzig y Thorn y una gran extensión entre Silesia y Prusia, con un total de 58.400 kilómetros cuadrados y 1.136.400 habitantes.

El tercer reparto de 1795, que hizo desaparecer del mapa a Polonia y en el que tomaron parte las tres potencias anteriores añadió a Prusia otros 43.000 kilómetros cuadrados hacia el este, con 1.042.400 habitantes.

Si bien todas estas ampliaciones significaron un considerable aumento del poder, también acarrearón un sinfín de factores desestabilizadores que desbordaron en muchos aspectos las facultades de organización del nuevo rey.

La tercera Alemania

El dualismo prusiano-austriaco mantenido en Europa central entre 1740 y 1780 empezó a resultar estrecho para las tendencias progresistas existentes, influidas tanto por nuevas corrientes espirituales en su propio seno como por la proclamación de la Constitución americana.

En muchos pequeños y medianos estados

—como Sachsen-Weimar, Baden, Anhalt-Desau, Sachsen-Gotha, Braunschweig— surgió una opinión pública a favor de un espíritu unificador interalemán, en parte provocado por la política expansionista que ahora mostraba José II, que deseaba fortalecer la casa de Austria.

Un total de 17 estados formaron en 1784 lo que se llamó la *Tercera Alemania*, con la finalidad de defender la antigua Constitución imperial. Federico II se convirtió en el principal miembro y protector de esta *Confederación de Condados* o *Fürstenbund*, con la única intención, por su parte, de impedir las anexiones proyectadas por Austria.

Pero los demás estados esperaban de esta alianza algo más que la simple oposición a las aspiraciones de José II. Ellos perseguían, ante todo, una renovación política del Imperio, una profunda reforma legislativa y judicial, pretensiones apoyadas por las fuerzas espirituales que pudieron desarrollarse libremente en sus estados.

En este marco nace la *Idea para el primer Instituto patriótico del espíritu universal en Alemania*, de Herder, que proponía la fundación de una academia que reuniera a los espíritus más relevantes de Alemania. Herder, Goethe, Schiller y otros pertenecen al *Sturm und Drang* (ímpetu y arrebató), movimiento literario con claros rasgos nacionalistas que denuncia la situación social y moral existente, tanto en la política como en la cultura, defendiendo un orden social natural para hombres naturales y reales, conscientes de su individualidad.

Desgraciadamente, Federico II rechazaba esta nueva corriente con comentarios que iban del desprecio a la ironía. Si el *Fürstenbund* hubiera encontrado el apoyo del monarca en toda su amplitud, esta confederación podría haber llevado a una reforma política e ideológica del Imperio en vísperas de la Revolución Francesa. Pero bajo las circunstancias existentes, la confederación nunca cobró fuerza política ni tuvo consecuencias importantes.

La Prusia de 1786, año en que muere Federico II el Grande, era ante todo la obra de un hombre en solitario. Nadie sería capaz de continuar su obra con el mismo espíritu, y menos su sobrino Federico Guillermo II, hombre poco capacitado y dominado por favoritos.

Al margen de los avatares postfedericianos, cabe constatar que Prusia va vinculada a la figura de Federico el Grande, por lo que ya se había procedido a su exaltación en la Francia ilustrada y no menos en la Península Ibérica.

Mientras el territorio prusiano aumenta espectacularmente con los repartos de Polonia, la crisis del Estado prusiano se ve precipitada por los acontecimientos franceses, tocando fondo con la derrota de Jena y Auerstädt y con la entrada de Napoleón en Berlín (1800).

Pero los cimientos del Estado prusiano estaban echados, y de la derrota nacerán las fuerzas que reconstruyan la Prusia vencedora de Napoleón, la Prusia del siglo XIX.



Soldados prusianos entonando un himno tras la batalla de Leuthen, 5 de diciembre de 1757 (arriba). Busto de Federico el Grande (abajo, izquierda). Federico el Grande siguiendo las vicisitudes de la batalla de Rossbach, 5 de noviembre de 1757 (abajo, derecha)



De la guerra de liberación al II Reich

Por Rosario de la Torre del Río

Profesora de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

N IETZSCHE, en *Más allá del bien y del mal*, dice que el alma alemana es esencialmente compleja y de origen dispar, producto más de la acumulación y del amontonamiento que de una verdadera construcción. Ciertamente, Alemania —entendiendo como tal no un estado, sino el conjunto de pueblos de lengua alemana y los territorios sobre los que éstos se han asentado— ha tenido una posición geográfica indeterminada en la Europa central: basculando al este y al oeste, con ambigüedad de intereses, con fronteras fluidas a lo largo de una historia de conquistas, colonizaciones, repartos y amputaciones, fronteras que nunca han coincidido con la geografía, la economía o la lengua, territorio sin unidad interior, con ríos y relieve que no unen, compartimentan.

Los pueblos que ocupaban este territorio a finales del siglo XVIII tenían una diversidad étnica que el fraccionamiento geográfico y las luchas intestinas habían fortalecido. La Reforma protestante modeló la complejidad territorial y étnica, sobre todo cuando a mediados del siglo XVI se adoptó el principio de que la fe luterana del soberano determinaba la de todos sus súbditos. Mientras tanto, cada grupo, cada región, de-

sarrollaba una particular psicología colectiva que ha llegado a nuestros días.

La primera revolución industrial, paralela en el tiempo al proceso de la unidad, añadió una nueva complejidad económica y social mientras las nuevas clases sociales se superponían a los anteriores tabicamientos.

Ante esta complejidad, los historiadores han necesitado simplificar la realidad alemana para poder entenderla y explicarla. Se habla a menudo de dos Alemanias, la de *los poetas y los pensadores* y la *prusificada*.

Parece evidente la existencia de dos Alemanias, pero su definición debe ser más matizada; si sobre el territorio alemán trazásemos un eje diagonal, que desde el curso inferior del Rhin llegase al casi nacimiento del Elba, advertiríamos que la mayoría de los troncos étnicos antiguos se encontraban al sur de este eje; al sur, por donde entraron en Alemania el cristianismo, la concepción moderna del Estado, el humanismo y la filosofía de las luces. Mientras tanto, al norte del eje, donde se encontraban los nuevos troncos étnicos formados en el combate contra los pueblos del este, no sólo se mostraron reticentes a la penetración cultural del sur, sino que además crearon una cultura propia, nutrida con la tradición de la Orden Teutónica, del Feudalismo y del Protestantismo político, para oponerla a la cultura del sur.

Federico Guillermo III de Prusia



La guerra de Liberación

Desde 1789 hasta 1815 la política francesa determina la historia de Alemania. En los países alemanes sometidos al Despotismo Ilustrado, ganados en parte por las ideas de la razón, la libertad y el progreso, la revolución de 1789 fue recibida con un cierto entusiasmo por los hombres de pensamiento, incluso por aquellos que, deseando hacer una literatura alemana original, se habían manifestado claramente contra la influencia cultural francesa; desencantados por sus excesos, fracasos, guerras y anexiones, se volverán contra ella y la combatirán con pasión.

La ocupación de Alemania por las tropas francesas y la tutela napoleónica sobre ella crearán una voluntad de resistencia y desarrollarán un sentimiento nacional que, tras 1848, culminará en un nacionalismo a veces virulento. Se puede decir que en 1806 no existía sentimiento nacional en Alemania, aunque había sido preparado por algunos universitarios y escritores como Zim-



Batalla de Waterloo, 18 de junio de 1815

mermann, Moser, Klopstock, Lessing, Herder y Schiller.

El poema inacabado de Schiller *Deutsche Grösse*, de 1797, significa la transición del humanismo racionalista y cosmopolita del siglo XVIII al pensamiento nacionalista e imperialista del siglo XIX; este poema prefigura la teoría de la predestinación del pueblo alemán que aparece claramente en Fichte y en sus célebres *Discursos a la nación alemana* pronunciados en las salas de la Academia de Berlín durante el invierno de 1807-8.

El profesor Jover Zamora (1), a quien sigo en las próximas líneas, hace de la guerra de Liberación prusiana un triple planteamiento: estratégico, político y nacional. Prusia, en la concepción estratégica de Napoleón, es, ante todo, una pieza clave del sistema europeo; a partir del comienzo de la guerra rusa será también el camino de Francia. La expansión napoleónica había terminado con el Sacro Romano Imperio Germánico y había simplificado el mapa alemán haciendo desaparecer las potencias alemanas de tercera categoría, asentando firmemente el poder francés sobre el Rin y creando la *Rheinbund* (Confederación renana).

Pero a pesar de estos grandes cambios, permanecen en la zona dos fuerzas del pasado que Napoleón no ha podido derribar y que necesita para su sistema continental: la Prusia de los Hohenzollern y la Austria de los Habsburgo. Prusia será también el camino de ida y vuelta a Moscú, la base de operaciones de una campaña que terminará en una retirada convertida en desastre, y que enlazará sin solución de continuidad con el levantamiento y el triunfo prusianos. La victoria de Prusia será la victoria de lo nacional, del *Volksgeist*, de lo romántico, del siglo XIX.

A la época de plenitud de Federico II había

seguido una crisis que precipitará y llevará a sus últimas consecuencias la derrota y la invasión. Pues bien, la guerra de Liberación va acompañada de una renovación del Estado prusiano; la derrota forzó a Federico-Guillermo III a llamar a Stein, hacia el que estaba negativamente predisposto, y a darle amplios poderes.

La reforma superará la crisis e intentará la integración de la burguesía y de la aristocracia rural en un sistema liberal. Durante todo el siglo XIX, Prusia va a apoyarse en la doble creación de estos años: un Estado eficaz y una conciencia nacional enraizada en la mentalidad romántica y en el mito de la guerra de Liberación.

Desde el punto de vista nacional, la guerra ofrece tres aspectos distintos: la guerra de los patriotas, la guerra del rey y la guerra de las clases populares. Aunque sobre cada sector social actuaron estímulos distintos, el resultado fue homogéneo: una concepción total, absoluta, ultrancista, de la enemistad y de la guerra, que es en sí misma considerada una auténtica categoría romántica (2).

Creo que resulta clarificador señalar que en Austria no encontramos esta aportación romántica; para Metternich el fin de la guerra era la liquidación del predominio napoleónico y la restauración del equilibrio social e internacional de unos estados que fueron creados por la Historia.

En el Congreso de Viena las grandes potencias que han vencido a Napoleón trazan las fronteras del centro de Europa. La solución dada a la contención de Francia y al problema polaco-sajón tiene como consecuencia el nacimiento de una nueva Prusia en una nueva Alemania: la Alemania del *Deutscher Bund*, confederación de 34 estados soberanos y cuatro ciudades libres, presidida por el emperador de Austria.

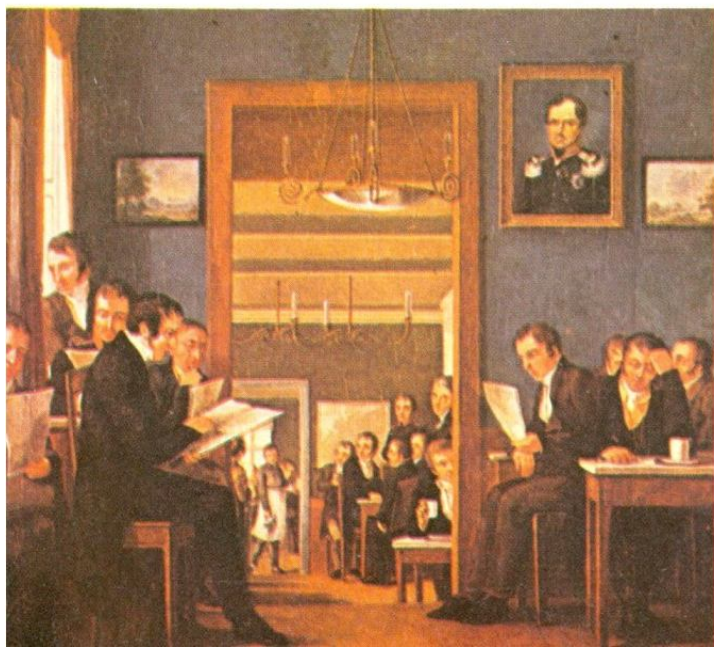


Federico Guillermo III de Prusia en 1815

En el nuevo sistema de estado europeo que nace en Viena en 1815, Prusia va a jugar un papel fundamental; su dominio sobre Renania para poder ser una de las barreras que se oponen al expansionismo francés le permitirá bascular hacia el oeste tras un siglo de orientación hacia el este.

Prusia, fortalecida en su dualidad urbana, comercial, industrial y burguesa, queda en magníficas condiciones para competir con Austria por la hegemonía alemana; incluso, como temía Talleyrand, para poner las bases de una futura hegemonía europea.

Lectura en un café berlinés a comienzos del siglo XIX (por G. Taubert)



En la *Deutscher Bund* se reencuentran los diversos pueblos alemanes. Mientras se desarrolla lentamente el movimiento liberal por la Confederación, y Austria se conforma con ser el *perro guardián* de la Santa Alianza, Prusia se transforma en el líder, porque la mayor parte de los alemanes consideran que su administración es un modelo, y porque dará el paso decisivo creando la unión aduanera, el *Zollverein*.

El Zollverein

Destruído el sistema aduanero napoleónico, el mercado alemán se encontraba completamente expuesto a la competencia extranjera —las manufacturas textiles inglesas estaban poniendo en peligro los logros del decenio anterior—. Y fue precisamente la burocracia prusiana la que se esforzó en que se revisara esta legislación.

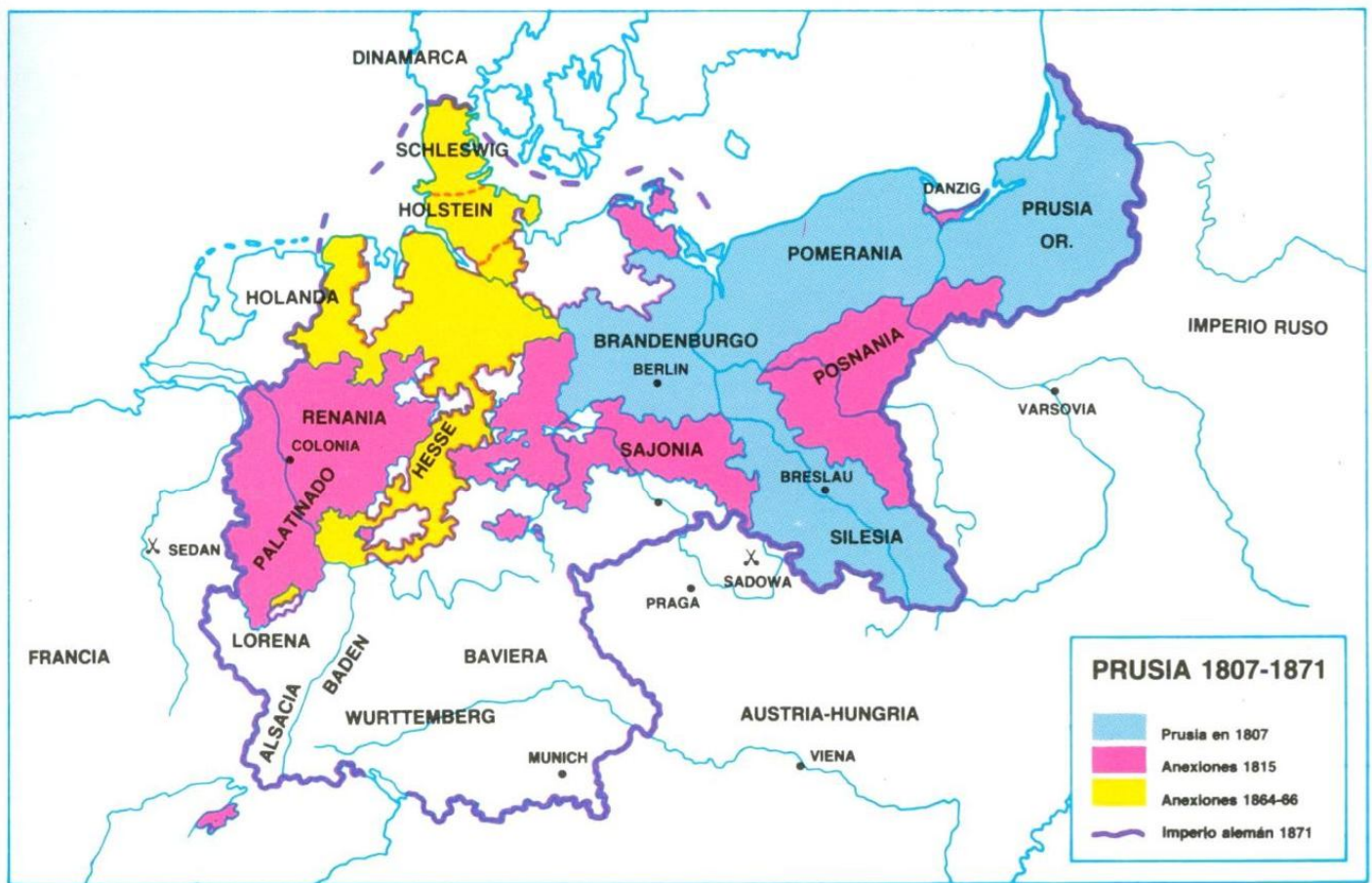
Las primeras iniciativas, de carácter estrictamente fiscal, limitaron en 1816 las aduanas a la frontera de Prusia; en 1818 se unificaron los aranceles prusianos sobre la base de un proteccionismo moderado.

A partir de aquí, el *Zollverein* avanza paso a paso: en 1828 acuerdo aduanero con Hesse-Darmstadt; en 1829 acercamiento a Baviera y Württemberg, permitiéndoles el acceso a los grandes ríos del norte; en 1834 unión arancelaria entre Prusia, Baviera, Württemberg y los dos Hesse; en los años posteriores se unirán también Sajonia, los estados de Turingia, Nassau, el Gran Ducado de Baden y la ciudad libre de Francfort.

Quedaban fuera de la Unión: el *Steuerverein*, apoyado por Inglaterra y negociado por Hannover y sus dos vecinos, Brunswick y Oldenburgo, las tres ciudades hanseáticas y Austria. El *Zollverein* no sólo dio prestigio a Prusia, le dio, sobre todo, el temido poder de revocar sus acuerdos arancelarios (3).

Las transformaciones más profundas de la economía se dieron en los transportes. Mientras Prusia construía una importante red de carreteras y se aplicaba el vapor a la navegación fluvial, sobre todo en el Rhin, el economista Federico List llamó la atención de sus conciudadanos sobre la importancia del ferrocarril. En 1835 se creaban las primeras sociedades por acciones para la construcción de dos líneas férreas, y ese mismo año el primer tren hizo el recorrido Nüremberg-Fürth; en 1848 la red alemana alcanzaba 5.500 kilómetros, de los que más de un tercio correspondían sólo a Prusia.

El desarrollo de las vías férreas contribuyó en gran manera al progreso de la industria, aunque ésta se mantuviese muy por debajo de la industria inglesa o francesa: la industria alemana necesitaba importar gran cantidad de materias primas y productos semifabricados, su flota comercial era insuficiente y, sobre todo, faltaban capitales disponibles y los medios industriales



sentían la necesidad de unas tarifas protec-
cionistas.

A estas transformaciones de la economía si-
guió un profundo resquebrajamiento de la socie-
dad alemana: crisis de las estructuras agrarias
tradicionales, aparición de un nuevo tipo social
—el empresario—, dislocación de la clase media
y nacimiento de una clase —el proletariado
industrial.

El desfase entre el Estado y la sociedad era
particularmente notorio en Prusia; pero su buro-
cracia, en su mayor parte de origen burgués,
fue lo suficientemente eficaz para suprimir los
motivos por los que la burguesía de negocios

podiese desear una transformación revoluciona-
ria de la sociedad.

Las distintas líneas de tensión económicas,
sociales, políticas y culturales que recorren la
sociedad alemana de estos años, y sus posibles
soluciones, se manifiestan con toda claridad en
la crisis de 1848. En ese momento, junto a las
revoluciones locales, se produjo una revolución
general alemana que pudo cambiar el curso de
la Historia. Desde febrero, en Mannheim y Hei-
delberg, los liberales lanzaron la idea de un pa-
rlamento que, con sede en Francfort, la ciudad
donde habían sido coronados los emperadores
de Alemania, sería elegido por sufragio universal

Calle berlinesa con el palacio real, en 1828 (por W. Brücke)





Federico Guillermo IV de Prusia

masculino y decidiría el futuro de la nación alemana.

El Parlamento fue solemnemente abierto en la iglesia de San Pablo el 18 de mayo de 1848 bajo el símbolo de la bandera negra, roja y oro. Los 568 diputados representaban a la burguesía intelectual no sólo alemana, entre ellos había también checos, polacos e italianos. El Parlamento proclama *la soberanía del Reich* y encarga al archiduque Juan de Austria la formación de un gobierno, que éste no logrará formar y que le llevará a la dimisión en diciembre.

El 27 de octubre el Parlamento vota un primer proyecto de Constitución que Austria no acepta; el 28 de marzo de 1849 decide la creación de la *Pequeña Alemania*, dejando al margen a Austria y ofreciendo la corona a Federico-Guillermo IV de Prusia; pero el rey no acepta el poder que le ofrece una institución revolucionaria.

Tras la retirada de austriacos y prusianos, el disminuido Parlamento se traslada a Stuttgart, donde será disuelto. Termina así el sueño de una Alemania unida sobre la base de la voluntad popular; se mantiene, por el contrario, la rivalidad austro-prusiana, que llevará a los alemanes al enfrentamiento en el campo de la economía, del pensamiento y de las armas.

La burguesía alemana ha tenido miedo. En 1848 ha podido unificar Alemania sobre la base de un sistema liberal-parlamentario; pero la irrupción en toda Europa de las clases populares pidiendo no sólo cambios políticos, sino, sobre todo, cambios económicos y sociales, le ha asustado. La burguesía alemana renunciará a hacer su revolución política para asegurar su poder económico.

En los años cincuenta comienza una época de prosperidad que se extendió, a pesar de alguna crisis, hasta 1873. Durante estos años cruciales, Alemania se convirtió en una potencia industrial y Prusia fue su estado más beneficiado con la transformación económica. Los banqueros más activos y los industriales más emprendedores fueron a parar a Prusia que, por otra parte, consiguió marchar a la cabeza del progreso técnico y concentrar, desde principios de los

Moltke, espada de Prusia

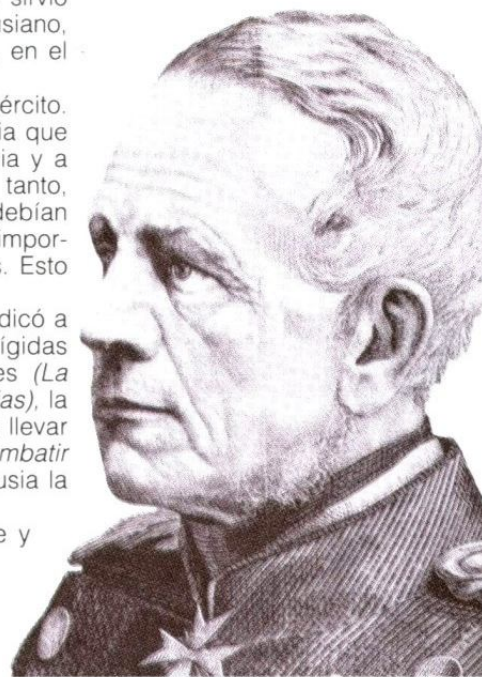
Helmuth Moltke, barón y conde de Moltke, nació en Parchim (Mecklemburgo), Dinamarca. Ingresó como cadete en la escuela militar de Copenhague y sirvió hasta los veintidós años en el ejército danés. Ese año pasó al ejército prusiano, donde fue discípulo de Clausewitz. En 1833 ingresó en el Estado Mayor, en el que rápidamente destacó como teórico.

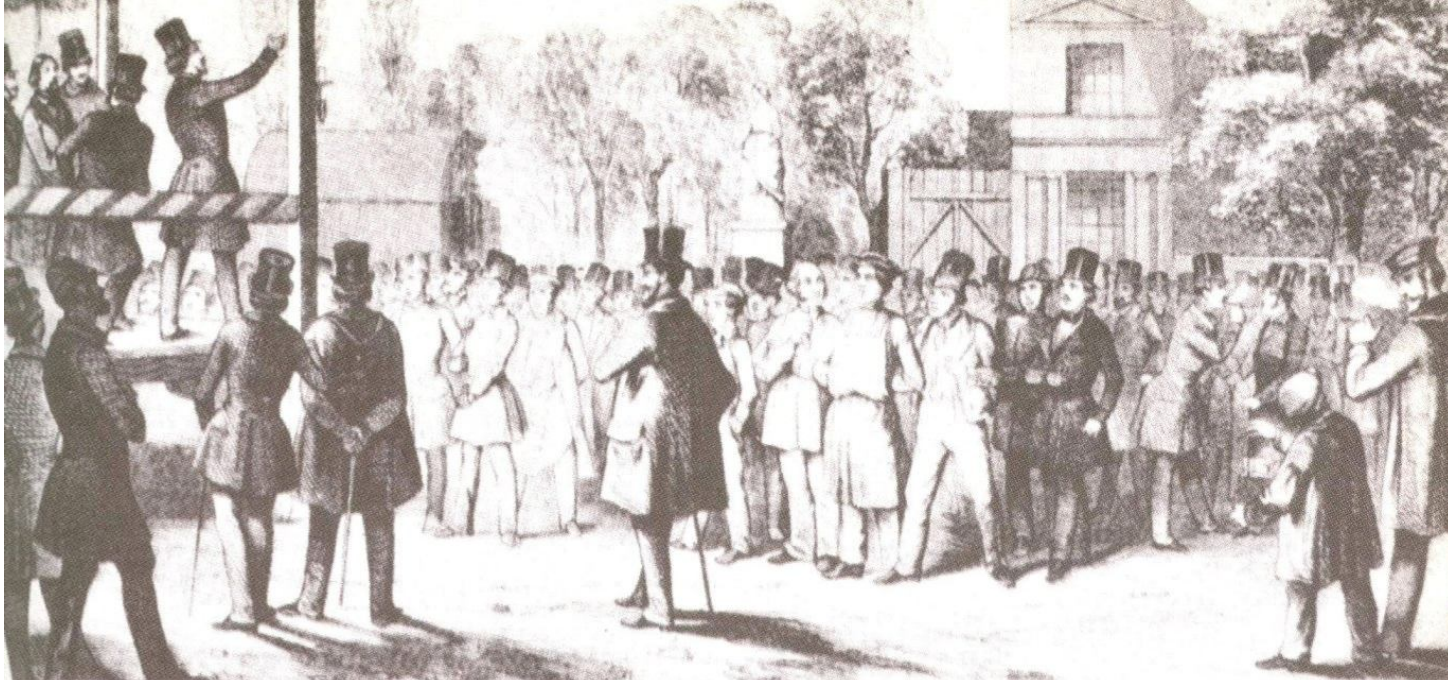
Entre 1836 y 1839 estuvo destinado en Turquía, como consejero de su ejército. Durante su estancia en Turquía maduró un plan de ferrocarriles para Prusia que contribuirían a su desarrollo económico, a la unificación de toda Alemania y a convertir en ventaja el inicial *handicap* de ser un país central y, por tanto, atacable militarmente por todos sus lados. Los ferrocarriles prusianos debían estar trazados para favorecer una movilización general que concentrase importantes ejércitos en un plazo muy corto en cualquier lado de las fronteras. Esto sería clave en las guerras contra Dinamarca, Austria y Francia.

En 1857, Moltke llegaba a jefe del Estado Mayor Prusiano, donde se dedicó a formar una élite de oficiales a quienes trató de desencorsetar de las rígidas normas de la guerra hasta entonces en vigor. La iniciativa de los jefes (*La estrategia es el arte de actuar lo mejor posible en las mejores circunstancias*), la movilidad, el ataque frontal seguido por golpes en los flancos, el arte de llevar los ejércitos al combate y el modo de afrontarlo (*marchar dispersos, combatir unidos*) son algunas de sus ideas, que llevadas a la práctica dieron a Prusia la victoria en tres guerras.

En 1871, aureolado con el máximo prestigio, recibió el título de conde y fue nombrado mariscal de campo. En 1872 accedió a un puesto vitalicio en la Cámara Alta, desde la que logró convertir el ejército confederado en un ejército alemán. Pasó a la reserva en 1888 y aun, hasta su muerte a los noventa y un años, mantuvo la presidencia de la Comisión de Defensa Nacional.

General Moltke





Asamblea popular en Berlín, 1848

sesenta, las nueve décimas partes de la producción minera y metalúrgica; esta preponderancia fue también monetaria y a partir de 1857, el tálero prusiano desplazó al florín austriaco en el mercado alemán.

La expansión industrial transformó la mentalidad económica. La burguesía de negocios, cada vez más segura de sus fuerzas, se adhirió de manera entusiasta a la libertad de empresa y al librecambismo. La burocracia prusiana firmará un tratado librecambista con Francia en 1862; al apoyarlo, los medios industriales confluirán con los grandes terratenientes que se orientaban hacia una organización capitalista de sus propiedades.

Agrupando en torno al Gobierno prusiano a todas las fuerzas partidarias del librecambio, el tratado comercial de 1862 preparó la solución de la *Pequeña Alemania*; en este sentido puede decirse con Keynes que la unidad reposará tanto sobre *hierro y carbón* como sobre *hierro y sangre*.

Esta burguesía, que desempeñó un papel tan importante en el desarrollo económico de Alemania, al no desear el monopolio del poder político, como ocurre en Inglaterra y Francia, no anuló la hegemonía de las antiguas clases dirigentes ni adquirió una influencia decisiva sobre los destinos de la nación. Se produjo una especie de reparto del poder entre la aristocracia, que conservó el control de la vida política y que impuso su mentalidad y su ideología, y la burguesía, que se convirtió en la primera clase económica.

En los cincuenta, además, comienza a producirse la *feudalización* de esa burguesía —feudalización que se manifiesta fundamentalmente a través de la incorporación de la mentalidad militar—. Finalmente, esta *sociedad feudal industrial* se irá integrando progresivamente en un estado que si por un lado es conservador y autoritario, por otro lado abre a la burguesía unos horizontes mucho más amplios.

Bismarck

Siguiendo el ejemplo italiano, en 1859 se funda la Asociación Nacional Alemana, que poco después contaba con más de 25.000 miembros entre los que predominaban príncipes, nobles, profesores y hombres de negocios. Sus objetivos eran a la vez liberales y nacionales: querían una Alemania unida alrededor de Prusia, no de Austria, y gobernada por un sistema parlamentario. Pero la Asociación Nacional se encontraba en una posición difícil ante la contradicción entre su liberalismo y la realidad política prusiana, evidentemente alejada del régimen parlamentario. Los liberales alemanes esperaban salir de esta contradicción con un proceso simultáneo de unificación y liberalización. Sin embargo, el nacionalismo alemán, a lo largo de los años sesenta, evolucionará desde el idealismo al realismo y colocará la unidad nacional por encima del liberalismo en un proceso paralelo al de la burguesía.

En este cambio, fundamental para la formación del Imperio alemán, jugaron un papel importantísimo el *grupo de profesores que mediante la voz y la pluma predicaron el evangelio de la nacionalidad, glorificaron las proezas de los Hohenzollern y condujeron a sus compatriotas del idealismo al realismo* (4). Primero Häusser, Duncker y Schmidt, después Droysen, Sybel y Treitschke, los grandes historiadores de la Escuela prusiana se comprometieron profundamente con las luchas políticas de su tiempo y se pusieron decididamente al servicio de la idea de la *Pequeña Alemania*. Tanto en sus importantes trabajos eruditos como en sus populares conferencias y panfletos, defendieron la idea de que sólo la Prusia protestante era la suprema realización política del pueblo alemán.

Sin duda, el gran protagonista de la evolución alemana hacia el realismo fue Otto von Bismarck, canciller de Prusia desde 1862. Bismarck nació en 1815 en Brandenburg, en una familia



Barricada en la nueva calle Real de Berlín, 19 de marzo de 1848

de la nobleza terrateniente —*Junkers*— que había servido siempre a los reyes prusianos.

Tras una niñez desgraciada, estudia Derecho en Berlín y Gotinga, esperando convertirse en funcionario del Estado prusiano. Aburrido pronto con esa vida, regresa al campo donde su comportamiento extremado llama la atención de todos los que le conocen. En los años 1847-51 centra su vida privada y pública con su boda y con su participación en los movimientos del 48. En el Parlamento de Francfort despunta brillantemente en controversia con todos, menos con su rey: los movimientos del 48 son liberales y nacionales, mientras que Bismarck es antidemócrata y su nacionalismo es estrictamente prusiano.

En 1862 Prusia vive momentos de crisis constitucional: Guillermo I, regente desde 1858 y rey desde 1861, y su ministro de la Guerra, Von Roon, se enfrentan con la oposición liberal que desea una política nacional más activa y que apoya al *Kronprinz* Federico. En esta situación, Roon propone a Guillermo el nombramiento de Bismarck como ministro-presidente y éste se enfrenta a la crisis pasando por encima de la Cámara de los Diputados y lanzando a Prusia a una activa política *alemana*.

El primer objetivo de Bismarck será apartar a Austria del proceso unificador alemán. Como no existía ningún contencioso previo entre Prusia y Austria que proporcionase a Bismarck el motivo para la ruptura, éste lo creará con el conflicto de los Ducados.

Schleswig, Holstein y Lauenburg eran tres du-

cados que, pese a predominar en ellos la población de lengua alemana e incluirse los dos últimos en la Confederación Germánica, estaban unidos a la Corona danesa. En noviembre de 1863 moría el rey de Dinamarca y se planteaba un problema dinástico que Bismarck aprovechó para intervenir arrastrando a Austria que no deseaba quedarse al margen del beneficio moral de la intervención.

Tras una corta guerra, se produjo la derrota danesa y la firma del Tratado de Praga, octubre de 1864, que colocaba los ducados, ya independientes, bajo la protección de Austria y Prusia. Mientras desarrollaba una política diplomática buscando la alianza de Italia y la neutralidad de Rusia y Francia, Bismarck utilizó el problema de la protección de los ducados primero y los problemas de la Confederación Germánica después, para provocar la guerra con Austria.

El «Reich» alemán

La guerra austro-prusiana estalla el mes de junio de 1866. No fue una guerra pedida por la opinión pública, pero el gobierno prusiano la consideró necesaria. Prevista con mucho tiempo y preparada a sangre fría, su objetivo no fue la conquista, la expansión territorial o la adquisición de ventajas materiales, sino el aumento de poder de Prusia y el rechazo de Austria.

Tras la batalla de Sadowa, 3 de julio de 1866, y la derrota austriaca, el equilibrio de poder en la Europa central se transformaba ante los ojos horrorizados del gobierno de Napoleón III que no había sido capaz de imaginarlo.

De 1866 a 1870, Bismarck y Napoleón III se enfrentan en el terreno diplomático: Napoleón, que ha visto cómo fracasa su política exterior, intenta rehacer su prestigio negociando con Bismarck una serie de *compensaciones* en el Rin; el político prusiano hace públicas las pretensiones francesas y logra que los estados alemanes del sur, asustados, firmen un tratado defensivo con Prusia. A partir de este momento, Bismarck buscará la guerra con Francia; en su idea de que la guerra cimente la unidad de Alemania, necesita que sea Francia la que declare la guerra a Prusia para que los estados alemanes del sur tengan que intervenir.

El problema de la candidatura Hohenzollern-Sigmaringen al trono español proporcionará a Bismarck el medio que necesita. Francia se opone a la candidatura de un príncipe alemán al trono de España —le recuerda demasiado la época de Carlos V— y el embajador francés intenta convencer a Guillermo de que Prusia renuncia a la candidatura.

Desde Ems, donde se celebra la entrevista, el rey de Prusia envía un telegrama a Bismarck informándole. Mediante tachaduras, Bismarck convierte el telegrama en algo ofensivo para Francia, lo entrega a la prensa y Napoleón III declara la guerra a Prusia.



Primer enfrentamiento entre la caballería y el pueblo berlinés durante la revolución de 1848.

La guerra se decide en la frontera de Francia con Bélgica y Alemania en dos batallas, Sedan y Metz; la derrota francesa es rápida y total —dos meses—. Prusia impondrá a Francia el Tratado de Francfort, 10 de mayo de 1871, por el que este último país pierde Alsacia-Lorena y tiene que pagar una indemnización de 5.000 millones de francos-oro garantizados por la ocupación alemana del territorio francés.

Desde noviembre de 1870, Bismarck y los re-

presentantes de los estados alemanes del sur discuten largamente las bases constitucionales del nuevo Estado. La nueva Alemania tendrá una estructura federal dentro de la cual los viejos estados mantendrán sus reyes, príncipes y personalidad. Habrá un parlamento —*Reichstag*— elegido por sufragio universal masculino y una cámara federal —*Bundesrat*— formada por los delegados de los diferentes estados en proporción a su tamaño.

Otto von Bismarck



Soldados prusianos atacan una barricada en Breslau, 1848



Dos victorias: Sadowa y Sedán

De las numerosas batallas libradas por el ejército prusiano en la segunda mitad del siglo XIX, hubo dos decisivas: Sadowa significó la derrota de Austria en la *Guerra de las siete semanas* (1866) y Sedán la de Francia, en 1870. En ambas, además, se registraron innovaciones de armamento, transportes y comunicaciones.

Sadowa

La guerra austroprusiana de junio a julio de 1866 empezó con una movilización general austriaca que reunió hasta 250.000 hombres al mando del general Benedek.

El ejército prusiano, mandado por Moltke, se movilizó después fingiéndose víctima de una agresión que, en realidad, había provocado Bismarck. Con todo, valiéndose de cinco líneas férreas, logró una movilización más rápida y obtuvo un número de efectivos similar.

Ante un posible ataque por Silesia, Moltke dispersó sus soldados en un arco de 450 kilómetros. Creía que podría concentrar sus tropas con gran rapidez cuando Benedek dejara ver sus intenciones.

Atemorizado por el amplio despliegue prusiano y temiendo ser envuelto, Benedek no aprovechó su concentración en sólo 70 kilómetros sobre el centro del frente alemán y, al final, libró una batalla defensiva en Bohemia, entre Sadowa y Königgratz, en un frente de 14 kilómetros.

Moltke, que había dirigido todos los movimientos desde su despacho gracias al telégrafo, ordenó a sus fuerzas convergir sobre la zona y se presentó en el escenario de la batalla.

El príncipe Carlos Federico, que mandaba el centro prusiano, atacó precipitadamente y fue rechazado por la artillería austriaca. Pero la tenacidad prusiana y su nuevo fusil de aguja dieron tiempo a la llegada del príncipe heredero de Prusia, que atacó el flanco izquierdo austriaco.

Este fusil de aguja era de retrocarga, es decir, se cargaba por detrás y disparaba unos siete tiros por minuto, a diferencia de los fusiles de avancarga austriacos (cargados por delante) que apenas si hacían dos disparos por minuto.

Benedek comenzó a estar en apuros. Su ejército sufría una enorme sangría. Un nuevo movimiento prusiano, ahora contra el ala derecha, le proporcionó el dominio de posición de Chlum, clave para los austriacos, que asistían a la destrucción de su artillería.

A las cuatro de la tarde, Benedek había perdido la batalla. Pero mantuvo la lucha hasta el anochecer, en que pudo retirarse a Olomouc.

Quedaron sobre el campo de batalla 25.000 hombres muertos o heridos, entre ellos 1.450 oficiales, frente a los 9.000 caídos prusianos que hicieron ese día 18.000 prisioneros. La guerra estaba vista para sentencia.

Sedán

En la guerra francoprusiana de 1870, Moltke volvió a probar la eficacia del ferrocarril en la concentración

de tropas: logró movilizar y trasladar al frente 380.000 hombres en dieciocho días. Los franceses en ese mismo plazo apenas habían conseguido lo mismo con 200.000 hombres.

Por lo que respecta al armamento, esta vez los prusianos no estaban en superioridad.

El fusil francés Chassepot, de retrocarga, era superior en precisión, alcance y menor número de fallos al de aguja que utilizaban los prusianos.

Poseían además los franceses un arma nueva, la *mitrailleuse*, una especie de ametralladora que faltaba en las filas de Moltke. Pero se trataba de un secreto tan bien guardado que los franceses no supieron utilizar su densidad de fuego (125 disparos por minuto).

Los prusianos eran superiores en artillería: sus cañones de retrocarga tenían mayor cadencia de fuego, lo que unido a una mejor táctica artillera constituyó una gran ventaja.

Las piezas alemanas barrían a la infantería francesa a 900 metros de distancia sin que pudieran ser contrarrestados sus tiros por los de la artillería francesa o el fuego de su fusilería.

Así las cosas, la batalla de Sedán, clave de esa guerra y tumba del segundo imperio, vino precedida de una serie de pequeños choques, de marchas y contramarchas de ambos ejércitos, que parecían actuar a ciegas.

El ejército del general Bazaine, que sostuvo dos choques afortunados con los prusianos, se encerró en las fortificaciones de Metz, consideradas como inexpugnables.

Presionado por el Gobierno y por las manifestaciones del pueblo de París, el mariscal Mac Mahon acudió en su auxilio con un ejército de 120.000 hombres mal organizados y próximos a la insubordinación.

Más rápidas y disciplinadas, las tropas prusianas cortaron el paso a los franceses en el Mosa. Mac Mahon quedó encerrado en la pequeña plaza de Sedán, de espaldas al río.

Los prusianos confluyeron con rapidez sobre ese punto y, con efectivos superiores, dominaron las alturas. El ejército francés estaba en una ratonera.

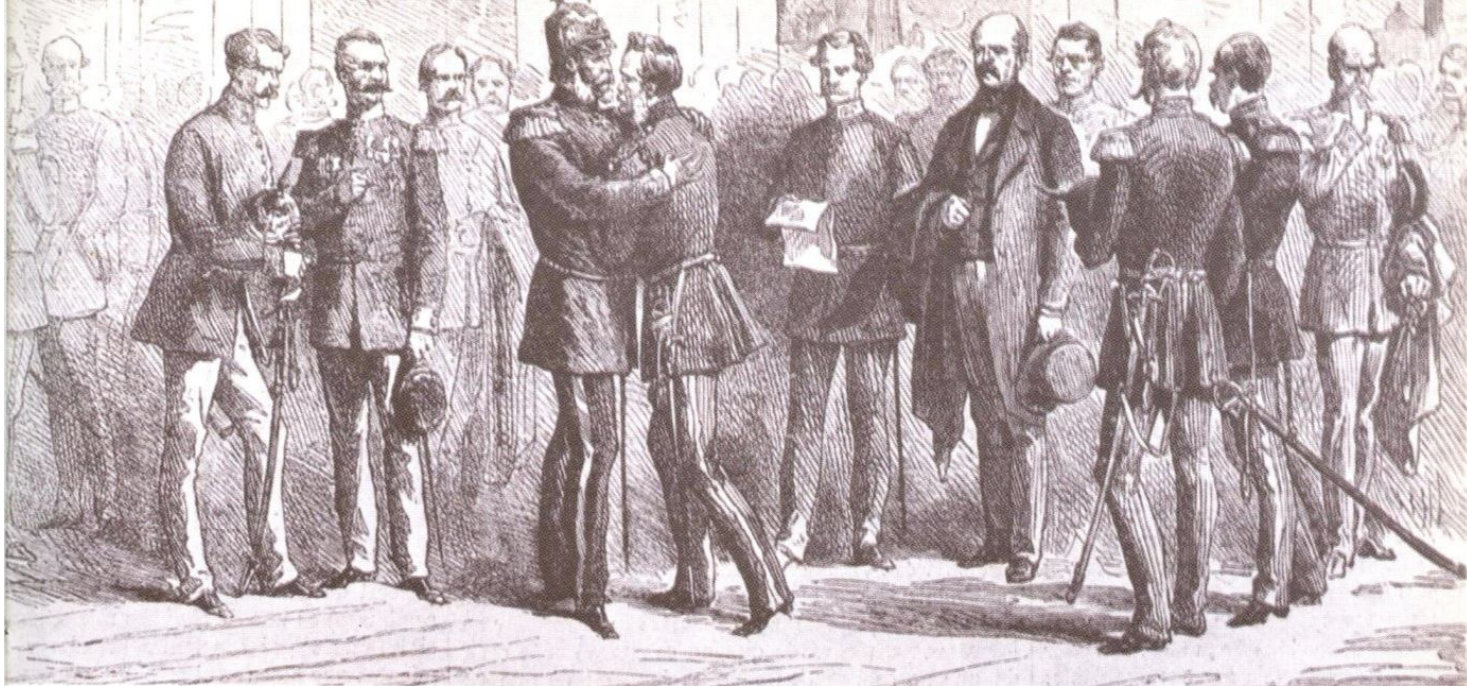
Tropas bávaras iniciaron el ataque poco después del mediodía del 31 de agosto. Mac Mahon pretendía romper las líneas prusianas y retirarse a Mezières. Resultó herido, sucediéndole en el mando el general Ducrot con el mismo plan.

Al frente de la caballería gala, el general Margaritte se cubrió de gloria y perdió la vida. Entonces reivindicó el mando supremo el general Wimpffen, que cambió el punto de ruptura del frente.

De nada sirvió, sin embargo. Al caer la tarde del 1 de septiembre, con Sedán dominado por los prusianos, Napoleón III, presente en la acción, ordenaba levantar bandera blanca.

Al día siguiente se realizaba la capitulación formal, Napoleón partía a la residencia próxima a Cassel que le fue impuesta y el día 4 se proclamaba en París la República.

Francia había perdido, al igual que Alemania, 3.000 hombres, pero tenía 14.000 heridos y más de 100.000 prisioneros. La guerra, sin embargo, duró seis meses más, aunque después de Sedán y de los sucesos de París estaba vista para sentencia.



El rey de Prusia recibe la noticia de la declaración de guerra por Francia.

Alemania será un Imperio —*Reich*— y el rey de Prusia será su emperador. Esta estructura liberal será sólo apariencia: el emperador controlará el Ejército y la Administración, que, por otra parte, se nutrirán fundamentalmente de prusianos. Prusia, el estado más amplio de la federación, predominará en el *Bundesrat*, el emperador elegirá a los ministros que serán responsables ante él y Bismarck, nuevo canciller imperial sin dejar de ser ministro presidente de Prusia, tendrá prácticamente todo el poder político en sus manos mientras disponga de la confianza del emperador.

El *II Reich* alemán fue proclamado formalmente el 18 de enero de 1871 en el Salón de los Espejos del palacio francés de Versalles. Para millones de alemanes se cumplía un sueño de más de treinta años; sin embargo, la unidad

lograda no era la misma que veintidós años antes el liberalismo y el idealismo no consiguieron realizar. El nuevo estado alemán era producto de un nacionalismo realista que había actuado en beneficio del estado prusiano.

NOTAS

(1) José María Jover Zamora, *La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación (1808-1814)*, en «Historia de la Guerra», Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1958, vol. I.

(2) Jover Zamora, *op. cit.*, pág. 126.

(3) Jacques Droz, *Historia de Alemania. 1. La formación de la unidad alemana. 1789/1871*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1973, págs. 127-138, 204-209 y 223-224.

(4) G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1942, pág. 137.

Bismarck y Jules Favre durante la Conferencia de Versalles, 1871



El imperio de los dos Guillelmos

El II Reich, 1871-1914

Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

A finales de 1870, cuando los ejércitos alemanes avanzaban incontenibles por el suelo francés y las tropas de los veinticinco estados coaligados sometían a París a un largo asedio, el canciller de Prusia, Otto von Bismarck, se lamentaba en una carta: *La gente me toma aquí por un perro de presa; las viejas, en cuanto oyen mi nombre, caen de rodillas y me piden que les perdone la vida. Atila era un cordero a mi lado.*

Durante el medio siglo siguiente la creación del aristócrata prusiano, el Imperio alemán, no desmerecería mucho de esa fama. Hasta su caída definitiva en 1918, el estado centroeuropeo sería contemplado por las demás naciones del continente con una mezcla de admiración, respeto y temor. Algunas, como Francia, dolidas por el castigo infligido en las campañas bismarckianas y deseosas de revancha. Otras, como Inglaterra, recelosas del potencial económico del Reich y alarmadas por el desarrollo de su poder militar y naval. Alemania era un modelo de estado autocrático que contrastaba fuertemente con los sistemas liberales de la República francesa o de la Monarquía británica.

Para el europeo medio, el alemán era un pueblo hermético, tan trabajador como belicoso, y su imperio constituía una maquinaria de perfecto engranaje burocrático y militar, con unos designios tan firmes como inescrutables. Alemania —y Bismarck lo sabía— podría tener aliados, pero no amigos.

La Alemania de Bismarck

Sin embargo, la realidad alemana era muy diferente. El Imperio proclamado en la Galería de los Espejos de Versalles no constituía un todo monolítico, sino que era una federación de estados, cada uno de los cuales conservaba fuertes rasgos particularistas y numerosas competencias en materia de gobierno.

Si eran competencia de la política imperial la política exterior, la defensa, las aduanas, la legislación penal o los ferrocarriles, los estados particulares —que conservaban sus propias cartas constitucionales— entendían en materia de instrucción pública, política de cultos, justicia y obras públicas. Además, los países meridionales, Baviera, Baden y Wurtemberg poseían competencias más amplias, por ejemplo la adminis-

tración postal, e incluso los bávaros poseían el control sobre sus ferrocarriles.

Los contrastes se extendían a casi todos los aspectos de la vida social. En el interior del Reich la población alemana convivía con las minorías marginales —polacos, daneses, etcétera— y los católicos rivalizaban con los protestantes en materia religiosa.

Las corrientes democráticas y socialistas batallaban incesantemente contra las viejas aristocracias de los principados y contra las nuevas oligarquías burguesas. Aparecían grupos separatistas en las regiones periféricas. Enfrentados entre sí, los grandes financieros y los líderes obreros, los generales prusianos y los parlamentarios bávaros o renanos representaban otras tantas facetas de la nueva Alemania, que luchaba a diario por superar sus contradicciones.

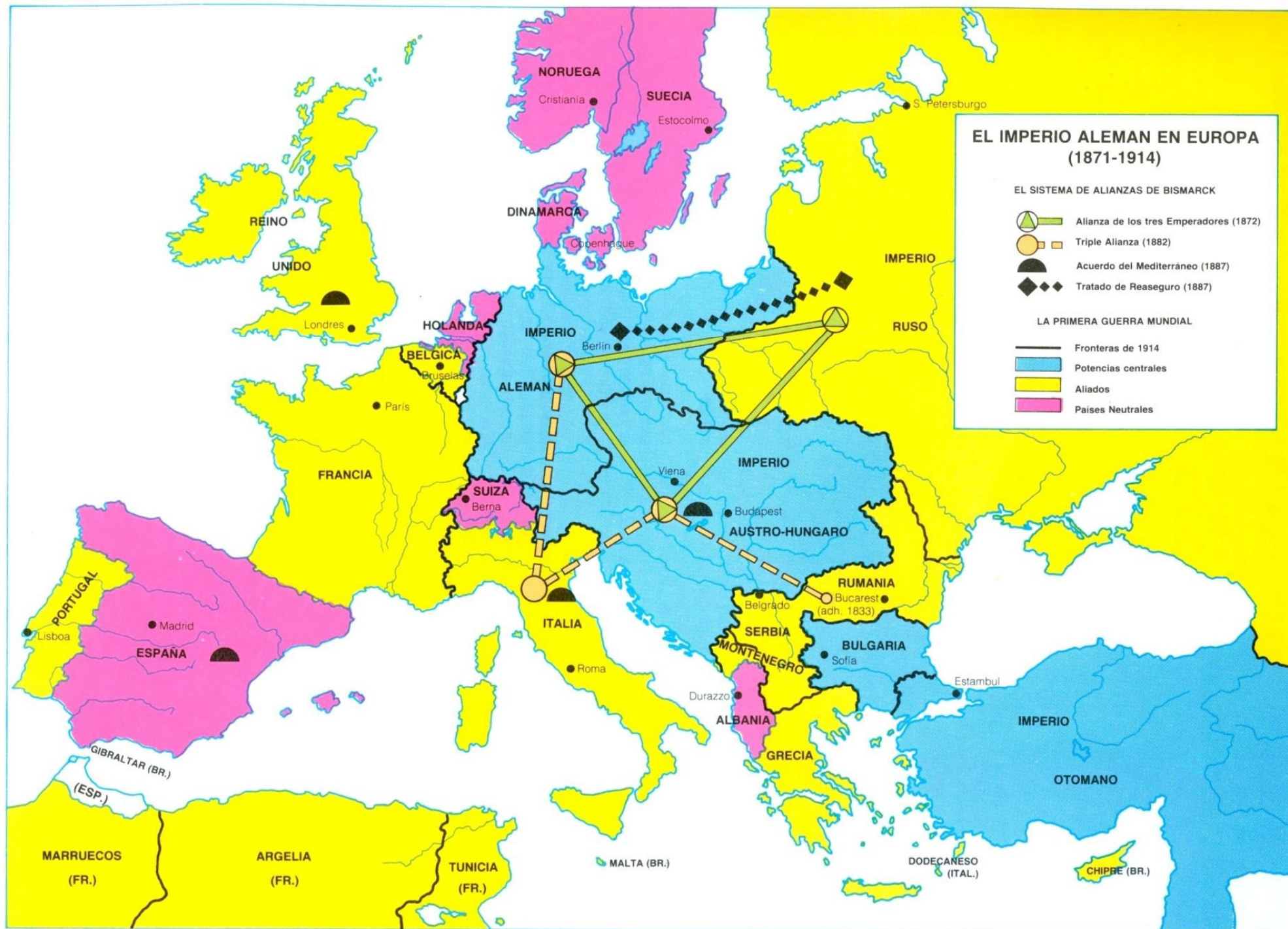
Estas contradicciones nacían de su propia gestación. La unidad del Imperio no procedía del movimiento nacionalista y romántico de 1848, plasmado en el Parlamento de Frankfurt, sino de las iniciativas bélicas del estado prusiano y del avasallamiento de otros estados. Los pilares del tinglado imperial se asentaban básicamente sobre la figura del emperador (*kaiser*), sobre el poderío de Prusia y sobre la organización militar, de la que dependía en gran manera la política exterior. Y quien hacía funcionar el sistema, su principal pilar en definitiva, era el canciller imperial, cargo que hasta 1890 desempeñaría el príncipe de Bismarck.

Todo lo demás era anterior a 1871. Desde la unificación económica, forjada paulatinamente mediante el *Zollverein*, hasta la federación política de los estados alemanes, perfilada ya en la Confederación del Norte de Alemania del año 67.

Y si en el aspecto económico o demográfico el peso de Prusia se hacía sentir, era en el político donde los hombres de Berlín ejercían un verdadero control sobre el Imperio, no sólo a través de la Cancillería y de la Jefatura del Estado, sino también mediante los dos órganos legislativos de que se había dotado la Confederación primero y el Reich después.

Estos eran el Consejo Federal, o *Bundesrat*, y la Dieta imperial, o *Reichstag*.

El primero era una asamblea de plenipotenciarios en la que cada estado representado poseía un número de escaños en función de su población o de lo pactado en el momento de la unifi-



cación. Prusia se aseguró el mayor porcentaje, 17 votos sobre un total de 58. Ello suponía que, aunque no contase con la mayoría absoluta, le bastaría, por ejemplo, el concurso de los seis representantes bávaros, de los cuatro sajones y de algún otro plenipotenciario para controlar las votaciones aun en contra de la mayoría de los estados. Por si eso fuera poco, los delegados prusianos podían vetar las propuestas de sus colegas —hacían falta 14 votos para lograr un veto y ellos reunían 17—, y la presidencia del Consejo la ostentaba el propio kaiser, es decir, el rey de Prusia.

La Dieta, constituida por 397 diputados, tenía como misiones primordiales la elaboración de la legislación del Imperio —conjuntamente con el Consejo— y la aprobación del presupuesto estatal. Pero no poseía poderes, en cambio, para controlar la actuación del Gobierno imperial ni para interferir en los asuntos internos de los estados.

Su autoridad era débil; no contaba ni con el prestigio de la Corona ni con la fuerza ejecutiva de la Cancillería, y siempre debía tener en cuenta la opinión del *Bundesrat* en materia legislativa. El kaiser podía disolver la dieta cuando le apeteciera con la previa aprobación del Consejo federal. Y había que contar con que la diversidad de fuerzas que concurrían a las elecciones —el sufragio era universal masculino en teoría— neutralizaban la posible presión de un frente común de parlamentarios frente a la Cancillería del Reich.

Aparato burocrático

La Cancillería era el corazón del Imperio. Había muchos factores que lo hacían necesario: la disparidad de elementos concurrentes en su creación, el arraigo de la tradición autoritaria y antidemocrática en gran parte de Alemania, la necesidad de una pacificación interior y exterior que permitiera sedimentarse al nuevo estado... Todo ello recomendaba hacer caer el peso del Gobierno sobre una autoridad enérgica y, a ser posible, unipersonal.

En un principio, Bismarck fue todo el Imperio. Sin ministros, sin burocracia imperial, con unos príncipes celosos de sus prerrogativas locales, el canciller prusiano tuvo que agudizar sus dotes de estadista. No cedió a las presiones de sus propios paisanos, que pretendían convertir el gabinete prusiano en gobierno del Reich. Era consciente de que una excesiva *prusianización* de Alemania terminaría provocando rencores difíciles de contener. Pero tampoco se doblegó ante quienes querían convertir al *Bundesrat* en el poder ejecutivo del Imperio. Para él estaba muy claro: era el propio canciller quien debía designar a sus colaboradores.

Poco a poco, Bismarck fue rebañando competencias a los estados federales. Con el eficaz apoyo de Guillermo I creó un aparato burocráti-

co cada vez más firme, cada vez más eficiente. Prescindió en principio de la formación de un gobierno imperial. Confió algunos sectores de la administración a los ministerios prusianos y concedió amplios poderes al *Bundesrat*. Pero no cabía engañarse. El controlaba al Gobierno prusiano como canciller y como ministro de Asuntos Exteriores, y los representantes de su país dominaban numéricamente el Consejo federal.

A partir de aquí era fácil crear sus propios ministros. Sólo que para no herir susceptibilidades —ya que cada estado tenía los suyos— los llamó *secretarios de estado*. Los servicios postales, la marina, la justicia, el orden público... fueron puestos paulatinamente en manos de estos hombres fieles a su canciller. Y así, al margen, cuando no de espaldas al Parlamento, la maquinaria de un poderoso imperio comenzó a rodar.

Los partidos políticos

Pese a este rechazo implícito del sistema parlamentario, Bismarck dotó a Alemania de unos mecanismos constitucionales bastante avanzados. El sufragio universal masculino que funcionaba en las elecciones del *Reichstag* contrastaba con las restricciones electorales de otros países europeos y con los mismos sistemas de los estados alemanes. Prusia, por ejemplo, se rigió hasta 1918 por la Constitución de 1850, que determinaba tres tipos diferentes de votos para el *Landtag* berlinés, y en los dos grandes ducados de Mecklenburgo aún seguían en vigor las estructuras políticas del antiguo régimen.

En pocos años contó Alemania con un completo sistema de partidos que, como reflejo de la amplitud del electorado, representaban un amplio abanico de opciones. Su papel era hasta cierto punto marginal: no podían ejercer gran presión parlamentaria sobre el Gobierno, había temas —ejército, política exterior...— que escapaban virtualmente a su control y sobre sus actividades pesaba siempre la política propia de cada estado federado y las restricciones impuestas a sus actividades por el poder central. Aún así, cumplieron generalmente bien su misión de portavoces de intereses determinados y algunos se convirtieron en los cauces por los que las masas de población se integraron en la vida política.

Las primeras elecciones al *Reichstag*, celebradas el 3 de marzo de 1871, demostraron que eran seis las formaciones políticas con operatividad en el territorio del Imperio. Dos eran conservadoras, dos liberales, una confesional y otra socialista. Los sucesivos comicios no harían sino acentuar su importancia.

Los conservadores se organizaban en dos partidos: el *conservador libre*, luego *partido del Imperio*, y el *conservador alemán*. Ambos compartían una clientela semejante: grandes terratenientes e industriales prusianos. Pero los conser-



Postal de la feria socialdemócrata de mayo en Berlín, 1894

vadores libres, que constituían el partido oficioso de Bismarck, contaban con el apoyo de empresarios del resto de Alemania y sostenían una ideología panalemana, nacionalista y más moderna que la de sus correligionarios, que se nutrían del pietismo protestante y del particularismo de los *junkers*, grandes propietarios del campo prusiano.

El ala derecha del liberalismo la ocupaba el partido *liberal-nacional*, de von Bennigsen, con apoyos entre la alta burguesía, nacionalista y opuesto a cualquier reforma democrática, y el ala izquierda el partido *progresista*, con base de profesionales, comerciantes y pequeños funcionarios, partidarios de una democratización efectiva de la vida alemana. Entre 1871 y 1878 Bismarck se apoyaría en los liberales-nacionales, el primer partido del país, pero luego abandonaría su alianza para volverse hacia los conservadores o hacia el quinto partido nacional, el centro católico.

Creado en 1870, el *Zentrum* nació para organizar a los católicos alemanes, numerosos en el sur y en el oeste del país. Al calor del *Syllabus* pontificio participaba de los temores de la jerarquía católica en un país mayoritariamente protestante y formalmente liberal. La política anticleral (*Kulturkampf*) desarrollada por la Cancillería prusiana entre 1872 y 1878 situó a los centristas, ya en abierta oposición al régimen, en una posición batalladora que le valió un continuo aumento del número de votantes. A partir de 1879 el partido del centro se integró en la política impe-

rial desde posiciones más bien conservadoras e incluso prestó su colaboración a Bismarck.

En la izquierda del arco político se encontraban los socialdemócratas. Producto de un acuerdo (programa de Gotha) entre los sindicalistas de Ferdinand Lasalle y los marxistas de Augusto Bebel, el *partido socialdemócrata alemán* nació en 1875.

Pese a la oposición del régimen, que descargó contra ellos su aparato represivo y legal, los socialistas alemanes hicieron enormes progresos en el último cuarto del siglo XIX: del 2 por 100 de votos logrados en 1871 pasaron a un 29 por 100 en 1912. Formalmente marxista a partir del programa de Erfurt (1890), la socialdemocracia, conducida por Karl Kautsky, no regatearía su participación en el sistema parlamentario, que la convertiría en la principal fuerza política del Reich dos años antes del estallido de la guerra mundial.

«Kulturkampf» y socialismo de estado

Una de las constantes políticas del *canciller de hierro* fue la búsqueda de mitos negativos que consolidaran el sentido patriótico de los alemanes y justificaran la amplitud de sus propios poderes. El enemigo exterior por excelencia era Francia, la nación que en opinión de Bismarck sólo vivía para la revancha. Y los grandes enemigos en el seno del imperio fueron, sucesivamente, los católicos y los socialistas.

La represión contra ambos grupos no lo fue tanto por su oposición al sistema religioso, político o social predominante en el Reich como por considerarles sometidos a obediencias externas —la iglesia romana y la internacional—, lo que suponía un peligro potencial para la seguridad del Imperio.

El combate contra la Iglesia católica —*Kulturkampf*: lucha por la cultura— fue propiciado por tres causas: el sentido nacionalista y antialeman que la minoría política polaca del Imperio daba a su catolicismo; en segundo lugar, el miedo a que los católicos alemanes, obedeciendo a su jerarquía religiosa, trabajaran de quintacolumnistas en beneficio de países de obediencia papal como Francia o como Austria, potencia esta última que de haber hecho triunfar su proyecto integrador de la *Gran Alemania* se hubiera convertido en cabeza del Reich; finalmente, colaboró la postura del papado sobre las relaciones entre el poder civil y el religioso.

En julio de 1870 el Concilio Vaticano proclamó el dogma de la infalibilidad pontificia. Una jugada maestra que colocaba al orbe católico bajo la directa autoridad de Pío IX en multitud de cuestiones. Una de ellas era su postura furiosamente antiliberal, expresada en la encíclica *Syllabus*. ¿Iba el Reich, con dos tercios de protestantes en su población, a someterse al papado, que ya contaba con un partido político en Alemania? Bismarck decidió que no.

La cuestión era espinosa, porque varios estados eran mayoritariamente católicos. Por tanto, la lucha se desarrolló en zonas concretas: Prusia, Baden y Hesse. En otros, como Sajonia o Baviera, la Iglesia no fue molestada. Entre 1872 y 1875, en Prusia fue disuelta la Compañía de Jesús y expulsados los jesuitas; se cerraron los seminarios, se dictó una ley de matrimonio civil y se intentó convertir a los sacerdotes en funcionarios del estado.

El resultado fue nulo. Los católicos se unieron más, el partido del centro aumentó su fuerza, las propias iglesias protestantes denunciaron el carácter irreligioso de las medidas y la Iglesia católica desató una campaña internacional. Bismarck tuvo que dar marcha atrás y, pese a su afirmación, *no iremos a Canosa*, derogó en años sucesivos casi todas las leyes anticlericales.

Los socialistas eran un blanco más seguro. Ni los industriales, ni los militares, ni los católicos o los liberales moverían un dedo en favor del movimiento obrero. Ni la vieja Alemania aristocrática y feudal ni la joven burguesa e industrial tenían interés en atender los puntos del programa de Gotha. Y Bismarck contaba con ello para estrechar los lazos entre ambas.

El canciller prusiano no se anduvo con rodeos a la hora de combatir a los socialistas. Utilizó la conocida táctica de la zanahoria y el palo: fuerte represión, por un lado, y legislación social paternalista, por el otro.

En las elecciones de 1877 el partido socialdemócrata (SPD) obtuvo doce escaños en el

Reichstag. Los conservadores, que ya habían intentado evitar la consolidación del partido sin conseguirlo, se alarmaron. Un par de atentados aislados contra el kaiser Guillermo favorecieron la disolución de la Dieta y la promulgación de una *ley de excepción* en octubre de 1878, por la que se prohibían las asociaciones socialistas *destinadas a destruir el Estado o el orden social*, se prohibían las reuniones obreras y se clausuraba la prensa del partido. El SPD pasó a la clandestinidad.

Libre poco después Bismarck de la alianza con los liberal-nacionales, acometió la creación de una legislación social que sus antiguos aliados intentaban obstaculizar por todos los medios.

Entre 1883 y 1889 se aprobaron tres leyes de protección laboral: la de enfermedad, la de accidentes y la de vejez e incapacidad. Mediante ellas, el Estado alemán se convertía en garante de un primer sistema de Seguridad Social. En cambio, el canciller prusiano se opuso a toda medida favorable al descanso dominical o a la prohibición del trabajo infantil.

Las *leyes de las tres A* fueron bien recibidas por los trabajadores y aceptadas no sin resistencia por los empresarios, que las consideraban un mal menor, pero no pudieron evitar el crecimiento continuo del socialismo en Alemania. Fue un nuevo fracaso del canciller que, indirectamente, le iba a perder.

Alemania en el mundo

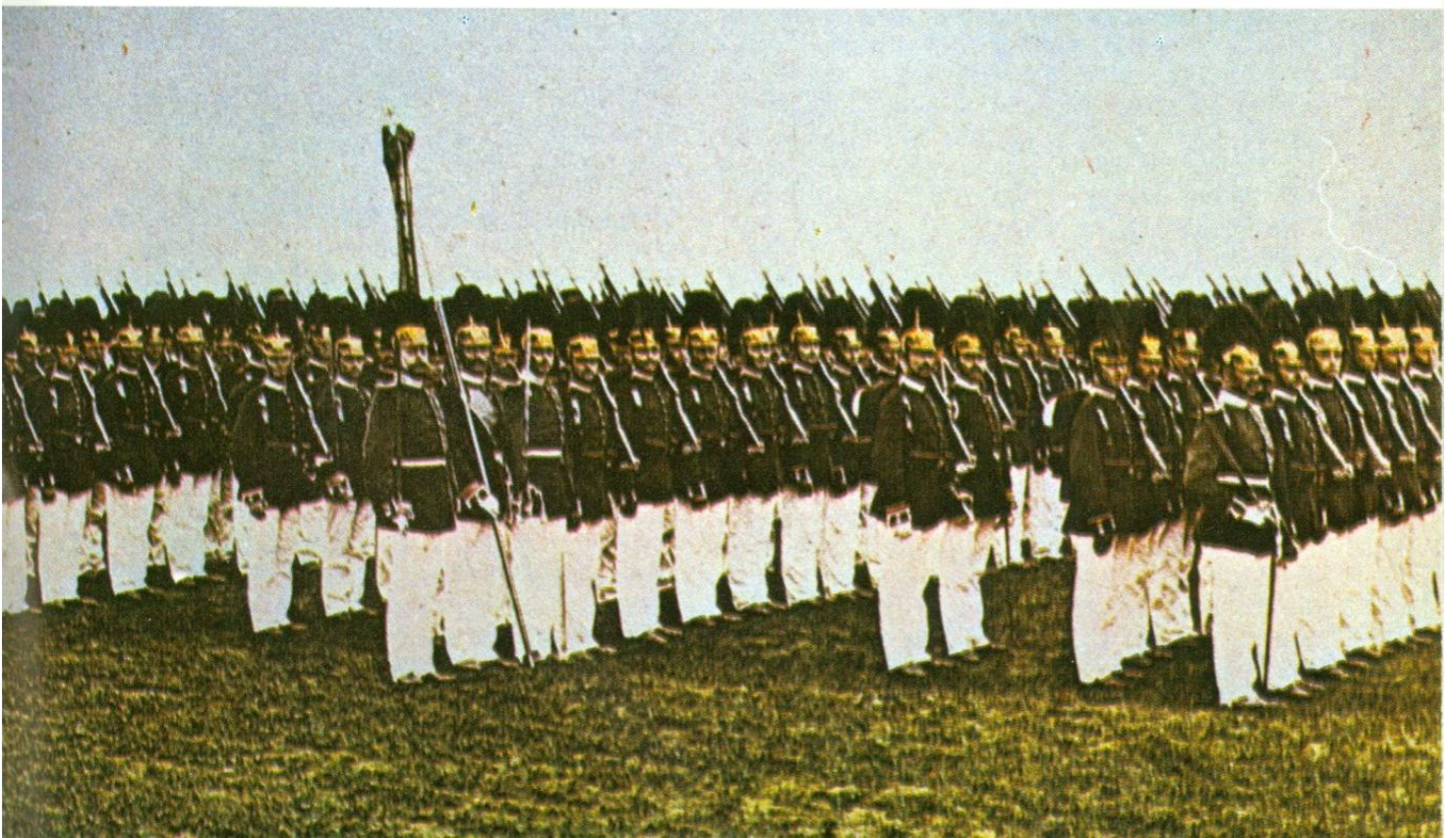
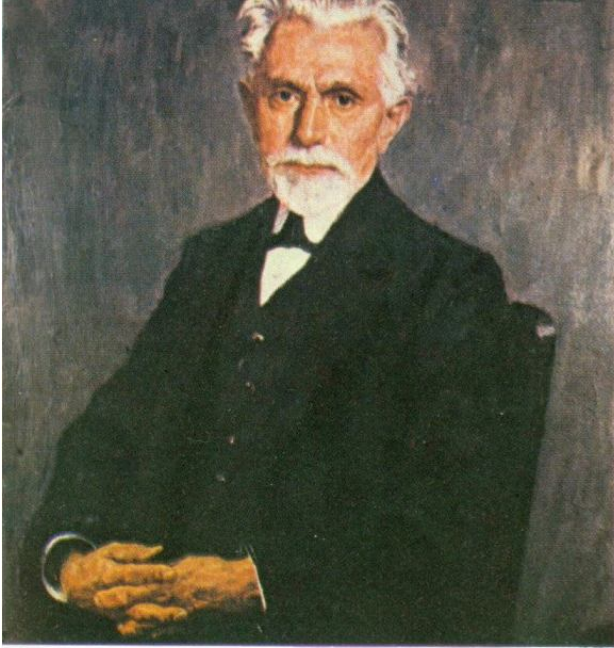
Entre 1871 y 1890 Alemania se convirtió en una de las grandes potencias mundiales. El crecimiento de la industria, la movilidad de sus capitales y la potencia de su marina comercial y de su red ferroviaria convirtieron el país en uno de los más prósperos del globo.

En frase de Bismarck, *Alemania está saciada*. No ambiciona más territorios. Sólo aspira a mantener el equilibrio militar y político de Europa para desarrollar su propia economía. Y, por supuesto, Francia es el gran obstáculo. Humillado por la guerra, esquilado por la paz impuesta por sus vencedores, el estado galo representa una amenaza para Alemania.

La Cancillería berlinesa lo intentará todo. Hala gará a los austriacos ayudándoles en la espinosa cuestión balcánica y fascinará a los rusos con la ilusión de un gran bloque antirrevolucionario en Europa oriental. Y cuando el imposible neutralismo ante las querellas de sus aliados rompa la *Alianza de los tres emperadores*, Bismarck se decidirá por la amistad austriaca.

En 1882, ante el enfado italiano por la ocupa-

August Bebel, uno de los fundadores del SPD (arriba, izquierda). Inauguración del monumento al kaiser Guillermo I, Berlín, 1897 (centro, izquierda). El kaiser Guillermo II en 1900 (derecha). Parada militar en honor del kaiser en el campo Tempelhofer de Berlín, 1896 (abajo)



ción francesa de Túnez, monta la *Triple Alianza*: Berlín, Roma y Viena establecen un *cordón sanitario* en las fronteras de Francia. Pero el gran año de la política europea del prusiano es 1887.

Vuelto a la amistad del zar ruso, firma en secreto el *Tratado de Reaseguro*. Sin que lo sepan sus aliados vieneses, asegura el control de Bulgaria al zar Alejandro. Y ese mismo año se establece el Acuerdo del Mediterráneo: Austria, Italia, Inglaterra y España garantizan el *statu quo* de los países ribereños. El objetivo último es controlar la expansión francesa y evitar un peligroso choque en los Balcanes. Entre bambalinas, Berlín mueve los hilos que aseguran la paz.

Si 1887 es el gran año europeo, 1885 es el año colonial para el Reich. La Conferencia de Berlín reparte África. A los germanos, que llegan tarde, se les aseguran algunos bocados: Togo, Camerún, Tanganika y el África del sudoeste.

Alemania es ya una gran potencia mundial, pero aún quedan otras tierras que ocupar. Y penetra en el Pacífico: Nueva Guinea, las Bismarck, las Marshall, parte de Samoa... van cayendo en sus manos. A finales de siglo compra otros archipiélagos a España: las Carolinas, las Marianas y las Palaos se convierten en colonias del Reich. Los alemanes ponen pie incluso en China, donde se apoderan de Tsing-Tao en 1897.

De modo que, a finales del siglo XIX, en vísperas de que el inexperto Guillermo II comience a balancearse en la cuerda floja, Alemania es una gran potencia mundial, pieza fundamental en el equilibrio de los poderes imperiales que se reparten la tierra.

Los sucesores de Bismarck

En 1888 murió el kaiser Guillermo I. Con su desaparición, el canciller perdía un aliado prácticamente incondicional y un soberano que había procurado no inmiscuirse en los asuntos de gobierno. Le sucedió su hijo, Guillermo II, un hombre joven y enérgico, pero también vanidoso e impulsivo, dispuesto a gozar de las grandes atribuciones que el sistema constitucional le otorgaba.

Bismarck quiso defender sus prerrogativas. Como la *ley de excepción* caducaba en 1890, el político prusiano pretendió prorrogarla indefinidamente. El kaiser, en vena populista, se negó y manifestó su propósito de ser *el rey de los mendigos*. En las siguientes elecciones del *Reichstag*, los socialdemócratas obtuvieron 35 escaños.

Pero el detonante de la crisis fue una meticulosa pugna de competencias entre los dos hombres que dirigían el Imperio. El canciller pretendía, echando mano de una ordenanza de 1852, que el monarca sólo podía comunicarse con los ministros prusianos a través de él. El kaiser respondió afeándole que se entrevistase con políticos de la oposición sin su consentimiento. Bis-

marck, cansando de luchar, presentó su dimisión, y le fue aceptada el 18 de marzo de 1890.

Cuatro cancilleres le sustituyeron al frente del Imperio: Leo von Caprivi (1890-1894); el príncipe Chlowig de Hohenlohe (1894-1900); Bernhard von Bülow (1900-1909) y Theobald von Bethmann Hollweg (1909-1917). Los cuatro tropezaron con dificultades crecientes para gobernar el multiforme conjunto creado por su antecesor. Ninguno tuvo la energía de Bismarck ni gozó de su prestigio.

Al personalismo del kaiser, que se atribuía cada vez un papel más activo en la vida política, se unía el protagonismo del ejército, deseoso de aumentar continuamente sus efectivos y el presupuesto militar. Las tensiones afloraron en las minorías periféricas y el Gobierno alemán tuvo que emplearse a fondo contra los polacos del Reich.

A todo ello se añadía el creciente papel de los cancilleres prusianos, que desde 1892 no coincidían con los del Imperio, y el poder de los partidos, que reforzaban el poder de la Dieta en detrimento del ejecutivo. Caprivi intentó un acercamiento a la izquierda liberal, mientras que el kaiser intentaba apartar al proletariado del SPD reforzando la legislación social. Pero fracasadas ambas experiencias, el régimen se lanzó definitivamente en busca del apoyo de los conservadores y del empresariado.

En política exterior, la subida al trono de Guillermo II supuso el final de la política de equilibrio. A la feroz competencia comercial y a las tensiones de la carrera colonial se unieron una serie de desaciertos que en tan sólo tres lustros destrozaron lo que a Bismarck le había costado treinta años conseguir.

La primera torpeza de la Cancillería —la no renovación del *Tratado de Reaseguro*— permitió la alianza de franceses y rusos en 1894. Lo que el *canciller de hierro* había temido más, el emparedamiento de Alemania entre dos adversarios, se producía así tan sólo cuatro años después de su caída.

Seis años más y nuevos desaciertos posibilitan un acercamiento franco-italiano que abre una larga crisis en la Triple Alianza. Y en 1904, para rematar el espectacular giro de la política mundial, Francia y el Reino Unido forman la *Entente Cordial*. Los bloques que se enfrentarán en la guerra del 14 están ya definidos.

Y con ello está echada la suerte del II Reich. La meticulosa labor de unificación y engrandecimiento mantenida con paciencia e inteligencia por el gran elector y sus sucesores al frente del estado prusiano, se vendrá abajo cuando parezca que está en su momento culminante. Paradójicamente, el militarismo que ha impulsado la política prusiana será la causa de su ruina. Y lo grave es que éste continuará presente en la vida alemana hasta 1945. Para entonces un nuevo y efímero Reich habrá podido comprobar lo difícil que resultaba seguir los pasos de Bismarck y de Federico el Grande.

Cronología

1806. *Confederación del Rhin*, bajo protectorado de Bonaparte. Inicio de la reordenación del territorio alemán.
1807. Paz de Tilsit, tras las derrotas prusianas de Jena y Eylau. Edicto de liberación de los campesinos.
1808. Organización estatutaria municipal, basada en la autonomía.
1810. Abolición de gremios y corporaciones: libertad profesional.
1811. Anulación de las prestaciones laborales de carácter feudal. Reformas administrativas, militares y educativas.
1814. Primeras Constituciones liberales: Nassau, Sajonia-Weimar, Baviera, Württemberg y Hesse-Darmstadt, esta última en 1820.
1822. Dietas provinciales en Prusia, de corte tradicional.
1819. Creación de la Unión Alemana del Comercio y la Industria.
1828. Creación de Uniones aduaneras —*Zollverein*— de ámbito parcial.
1834. Unificación de las anteriores en el *Deutscher Zollverein* —Unión Aduanera Alemana— bajo la presidencia de Prusia.
1840. La reivindicación francesa de territorios renanos produce oleadas nacionalistas alemanas que ponen sus miras en Prusia.
1847. El rey de Prusia convoca bajo presión liberal la Dieta Unida —*Landtags*.
1848. El dominante conservadurismo oficial no es capaz de aplastar al creciente liberalismo, que en el mes de marzo alcanza los niveles de insurrección en Berlín. Formación de un gobierno liberal. Durante el mes de marzo, la Asamblea de Heidelberg y el Parlamento previo de Frankfurt establecen las primeras bases de unificación. En mayo, Asamblea Nacional Constituyente de Frankfurt, con predominio burgués.
1849. Constitución imperial alemana. Marx y Engels crean el Movimiento socialista revolucionario.
1850. Comienzo del período de reacción. Gobierno autoritario en Prusia.
1861. Comienza el reinado de Guillermo I de Prusia. Su canciller, Bismarck —1862— gobierna al margen de la Constitución y del Parlamento. Represión del liberalismo y búsqueda de la hegemonía europea.
1863. Guillermo I no acude a la Dieta de Príncipes de Frankfurt, presidida por el emperador de Austria.
1864. Ocupación prusiana de los ducados daneses de Schleswig y Holstein. La paz de Viena decide el acuerdo entre los dos poderes germanos, que sin embargo la paz de Gastein —1865— tampoco puede conciliar.
1866. Guerra austro-prusiana y victoria de Sadowwa en favor de Prusia. Armisticio de Nikolsburg.
1867. Constitución de la Confederación Alemana del Norte —*Nord Deutsche Bund*—. La socialdemocracia entra en el Reichstag. Crisis con Francia debido a la sucesión en el trono español.
1870. Guerra franco-prusiana. Derrota francesa y caída del II Imperio.
1871. Proclamación en Versalles del II Reich alemán. Guillermo I es proclamado emperador de esta Confederación compuesta por veinticinco Estados alemanes.
1875. Auge de la *Kulturkampf* que, inspirada por Bismarck, sostiene los derechos supremos del Estado frente a la Iglesia católica.
1888. Guillermo II, emperador, tras el breve reinado de Federico III.
1890. Bismarck es destituido como canciller.
1914. Estallido de la Primera Guerra Mundial.
1918. Alemania pide el armisticio en el mes de noviembre. Derrumbamiento del sistema y agitación social en todo el país. Proclamación de la República Alemana.

Bibliografía

Angelloz, J. F., y Naujac, J., *Le classicisme allemand*, París, Presses Universitaires de France, 1975. Bergeron, L., y otros, *La época de las revoluciones europeas*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Courau, R., *Historia de Alemania* (2 vols.), Barcelona, Luis de Caralt, 1966. Corssman, R. H. S., *Biografía del Estado moderno*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977. Delmas, C., *Historia de la civilización europea*, Barcelona, Oikos Tau, 1970. Droz, J., *Historia de Alemania, I. La formación de la unidad alemana, 1789-1871*, Barcelona, Vicens Vives, 1973. Droz, J., *Europa, restauración y revolución*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Duroselle, J. B., *Europa, de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, 1978. Garraty, J. A., y Gay, P., *La edad contemporánea*, Barcelona, Bruguera, 1981. Gooch, G. P., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942. Kahler, E., *Los alemanes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Kurtz, H., *El Segundo Reich. La Alemania del Kaiser Guillermo II*, Barcelona, Nauta, 1970. Palmade, G., *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Parker, R. A. C., *El siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Ramos Oliveira, A., *Historia de Alemania* (2 vols.), México, Fondo de Cultura Económica, 1972. Sigmann, J., *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Siglo XXI, 1977. Suratteau, J. R., *La idea nacional. De la revolución a nuestros días*, Madrid, EDAF, 1977.

**Mañana,
alrededor del teléfono,
algo maravilloso
va a ocurrir.**



Telefónica